Hay personas que persiguen sus sueños

T B 75 25
KODAK

la cuenta de los días 4
pastillas contra la realidad 6
la araña ha perdido el apetito 7
peleando contra fantasmas 9
habitación 201 10
si el lunes pregunta por mi... 12
la hora de la siesta 13
la araña que quería ser artista 14
al norte del norte 19
hay personas que persiguen sus sueños 22
Miss cafeína 26
principio y fin 28
el Dios de la luz electrica 30
el tipo al que iban a fusilar 31
los buenos soldados 33
la hora del té 34
el circo de los bichos 36
las cuentas nunca salen 40
héroes 43
Madriz de noche 44
Objetos perdidos 46
Abril 47
pequeños incendios 48
cómo fotografíar a un micho 52
fe 54
mi país 56
el escarabajo rey 58
última parada: Japón 60
el año del mono 62
sin noticias de Koyasan 64
not onsen, no life 65
hay lluvia en mi zapatos 68
cuando todo se derrumbe 70
Azul 73
causas y efectos 74
ni está, ni se le espera 76
verano del 96 79
los molinos en Holanda 80
el año en que conocimos la nieve 82
una nube negra 85
la última foto 85
diez 88

la cuenta de los días

En los tiempos del dictador era imposible saber cuántos días duraría el año.

Cuando mi abuela arrojaba alguna de esas frases en medio de las reuniones familiares todos en la habitación componían sus mejores gestos de disgusto y, de forma apenas perceptible, empezaban a caminar hacia atrás, hasta que alcanzaban la puerta y me dejaban a solas con esas historias en las que era imposible saber dónde se encontraba la separación entre lo real y lo imaginario.

Las ocupaciones principales del dictador, enumeraba mi abuela, eran la caza, asistir a misa y firmar órdenes de ejecución contra los innumerables enemigos de la patria. Enemigos reales al principio, una vez acabada la guerra, pero cada vez más difusos y perdidos entre la bruma de un régimen que necesitaba justificar su existencia en contra del tiempo y de la lógica.

Cuando se cansaba de sostener sobre sus hombros el peso de aquel país anclado en el pasado, el dictador se marchaba a Europa a tener tórridos romances con viejas glorias de la nobleza europea que aún encontraban exótico aquel país perdido en los mapas y firme guardián de las más vetustas tradiciones.

La mayoría de ellas, añadía mi abuela con una sonrisa picara, habían sido auténticos bellezones en el pasado, pero ya habían dejado muy lejos su mejor momento y ansiaban recuperar algo de aquella gloria pasada donde la gente les hacia reverencias al pasar o vivían en lujosos palacios que no olían a humedad y derribo.

Al volver de aquellos viajes el patricio lo hacía hastiado de la vida, cruelmente atrapado en la trampa de su propia übermensch y necesitado de algún impulso que le permitiese seguir al frente de su menguante imperio. Reunía entonces a sus ministros, edecanes y chambelanes y anunciaba que era el momento de empezar un nuevo año. No importaba el día exacto, era la palabra de un elegido por Dios contra la que no cabía discusión alguna.

A las pocas horas los ministros, obispos y hasta el último frailecito recorrían las aldeas y pueblos comunicando la buena nueva. En apenas una semana el país entero se vestía con sus mejores galas y esperaba impaciente el discurso del dictador en todas las emisoras anunciando las festividades y desgranando los grandes éxitos cosechados durante el año anterior.

A veces el fin de año se celebraba en pleno verano bajo un calor asfixiante, otras tenían que abandonar sus cosechas y animales para poder acudir a las misas y festejos. No había forma de saber cuando tocaría, pero no había excusa alguna para no estar presente. Hasta los muertos quedaban atrapados en sus pútridos cuerpos hasta el fin de las conmemoraciones. El cielo era un paréntesis eterno que bien podía esperar.

Algunos años, recordaba mi abuela, los años habían tenido poco menos de seis meses, otros incluso llegaron a coincidir en plenas aventuras amorosas del prócer y se alargaron durante casi tres años. Aunque eso no había forma de saberlo, añadía moviendo la cabeza con pesadumbre, porque entonces los calendarios estaban prohibidos y los que llevaban la cuenta de los días se jugaban la vida. Aunque al parecer siempre había formas de escaparse a la censura: unas rayas pintadas en el granero, un montoncito de piedras en la alacena... Puede parecerte una estupidez jugarte la vida por semejante tontería, me clava sus ojos glaucos mientras me lo dice, pero necesitábamos creer que al menos nuestro tiempo nos pertenecía.

En elArtistaDelAlambre (c) tenemos a nuestro propio GV, Gobernante Vitalicio, que con su gran benevolencia decide lo que es bueno y justo para nosotros y, de forma parecida al dictador que describía mi

abuela, cuando se cansa del inabarcable paso del tiempo nos reúne en su enorme despacho, nos pide juntar todos los textos y reencuadrar las fotos para aunarlo todo en un libro que, con gran tino, llama resumen anual, aunque rara vez abarque doce meses.

El libro de este año, siguiendo la costumbre, lo hemos dejado en formato PDF en la trastienda y en formato fisico, con sus hojas y demás, en Blurb.

Que lo disfruten

pastillas contra la realidad

Los chicos que olvidaron tomar las pastillas contra la realidad se han atrincherado en la sección de libros prohibidos de la Biblioteca Nacional.

Desde ahí amenazan con dar a conocer al mundo entero todo lo que han leído en las doce horas que llevan encerrados. Sus únicas peticiones para no hacer algo tan desafortunado son que se les permita salir por su propio pie y no volver a tomar nunca unas pastillas que, no olvidemos, son obligatorias para toda la población a partir de los trece años.

Aunque toda conexión con el exterior fue neutralizada desde el primer instante las fuerzas de seguridad han optado por abatirlos antes de que pudiesen cumplir sus terribles amenazas.

El presidente de la nación, en discurso televisado para todo el país, nos ha recordado lo importante que es no desfallecer en nuestra lucha contra todos aquellos que intentan hacer sucumbir nuestro estado de derecho en el más profundo de los abismos.

A continuación ha añadido que todo marcha bien y que pronto seremos más felices de lo que nunca hayamos podido imaginar.

la araña ha perdido el apetito

En la España del futuro la InteligenciaQueProgramaVidas ha promovido UnNuevoDecreto ™ con un único artículo: a partir de su aprobación, antes de un puente y por la vía de de urgencia, los contratos de trabajo tradicionales serán abolidos y pasará a ser obligatorio trabajar a cambio de una comida diaria.

La patronal, reunida de urgencia, lo ha visto como un buen punto de partida hacia la tan necesaria búsqueda de la flexibilidad laboral, pero entienden que exigir por ley el poner carne dos veces por semana al trabajador nos puede restar competitividad frente a otros países del entorno. Más aún, dicen, cuando estudios independientes, de probada solvencia, afirman que dos raciones de arroz diarias son suficientes para que un trabajador pueda realizar actividades sencillas sin desfallecer.

Los trabajadores por su parte no han dudado en movilizarse. Las protestas parecen ir dirigidas no tanto contra el Decreto ™ como contra los funcionarios, controladores aéreos y profesores, ya que en sus convenios consiguieron incluir una mejora que les permitiría disfrutar todos los Viernes de un refresco bajo en calorías. Al parecer, afirman el resto de trabajadores, ese tipo prebendas representan un agravio comparativo inadmisible en estos tiempos tan difíciles en los que todos debemos arrimar el hombro.

Esto va para ti, chico del futuro. Recuerda que el sistema sólo dura mientras dure tu obediencia. Un precario y muy jodido equilibrio que consiste en hacer que siempre tengas algo que perder: puede ser un empleo colgado de la brocha, una hipoteca para toda la vida o la simple posibilidad, absurda de tan lejana, de poder escapar de la clase que te asignaron al nacer. Mientras tengas algo de eso a lo que agarrarte bajarás la cabeza, votarás cada cuatro años y aplaudirás con entusiasmo los discursos oxidados de los vencedores.

¿Recuerdas lo del palo y la zanahoria? Pues bien, los mercados hace mucho descubrieron que no hacía falta palo alguno y la zanahoria bien podía ser invisible. Una zanahoria mental, si lo prefieres, que cada trabajador inventa y diseña a su gusto, pero que les hace estar siempre en continuo movimiento.

Pero el sistema es codicioso y se vuelve estúpido en su ambición.

Como un entomólogo arrancando una a una las patas de una araña por pura diversión, el sistema ha descubierto que por mucho que te arrebaten sigues levantando muros cada vez más estrechos en los que te sientes afortunado atrapado en tu pequeña isla de irrealidad. Pensando que las cosas podían ser mucho peores; piensa en pesadillas nucleares, en los niños que se mueren de hambre cada noche en tu televisión, ¿Lo ves?, vives en el mejor de los mundos posibles.

Mira siempre a los que son peores que tú y nunca harás nada por ser un poco mejor.

Anotación 22: la araña, impedida tras la amputación de cuatro extremidades, trata de seguir acercándose a la comida. El esfuerzo es titánico y hermoso, aunque quizás gaste más energías de las que pueda lograr con la comida que se encuentra al otro extremo de su jaula.

La pregunta que tienes que hacerte, chico del futuro, es ¿cuánto más tienen que quitarme?, ¿en qué punto de la campana de Gauss tengo que situarme para no tener nada que perder?

Quizás, chico del futuro, ya te hayas dado cuenta, ¿verdad? El sistema te necesita pero no te ama, sólo quiere mantenerte en los límites, ni dentro ni fuera. Eres una arista, un luser, un borderline, un perdedor. La carcasa vacía de un tipo sin suerte, el polvo de una noche con un hombre de negocios casado. La ración pequeña de patatas fritas que te tomas mientras esperas el plato principal.

Hay mucho odio agazapado al fondo de tu tristeza, lo sé chico del futuro. Nos odiarás a nosotros que pusimos tu vida a los pies de los caballos, odiarás a todos los que miraron su comodidad y la antepusieron a tu porvenir pero, por encima de todas las cosas, te odiarás a ti mismo por ser tan estúpido y complaciente; por creer que la última vez que te pisaron sería la primera.

Pero sólo tienes una vida, chico del futuro. Lee, piensa y organiza toda esa rabia y, si eres un poco listo, la guardarás en el fondo de un cajón y harás lo posible por ser como aquellos que te jodieron la vida.

Es triste, chico del futuro, pero lo cierto es que no tenemos arreglo. Ya no, chico del futuro, quizás hace siglos sí, pero es tan tarde para ti como lo fue en su día para cada uno de nosotros.

Anotación 32: La araña, sin ninguna extremidad por arrancar, ya no busca la comida y agoniza tristemente en el mismo rincón de hace dos días. La conclusión es sencilla: una araña con las extremidades amputadas pierde por completo el apetito.

peleando contra fantasmas

Los días se deshacen en nuestras manos y ya hemos dejado de preguntarnos motivos o razones.

A nuestro alrededor todo parece derrumbarse y nosotros seguimos, insoportablemente vivos, observando el abismo que nos contempla y nos espera.

Dentro de poco los dos estaremos peleando contra fantasmas.

habitación 201

La vi aparecer una tarde de bufanda y paraguas en alto arropada entre un murmullo de ropajes caros y una nube de perfume que parecía seguirla a todas partes.

Nada más traspasar la puerta reunió a su alrededor un pequeño séquito de hombres dispuestos a llevar sus maletas, mostrarle la ciudad o jurarle amor eterno. Ella permanecía impasible en medio de todo aquello sin componer un mal gesto. Sonreía y asentía devolviendo halagos como un croupier experto en romper corazones.

– Tengo una reserva para tres días, me dijo al llegar al mostrador – espero que sean suficientes para ver la ciudad. No dejaba de jugar con los rizos de su pelo y me miraba felina como si esperase una respuesta.

– Es posible que le sobren la mitad. Gruñí mientras entregaba la llave atada a un pesado llavero con el número de la habitación grabado en bronce.

Ella me guiño un ojo en un gesto que era tan viejo como la misma humanidad – Tranquilo, ya se me ocurrirá algo que hacer. Y nada más decirlo puso rumbo a la escalera mientras deleitaba a su público con una última panorámica de su espalda y un trasero espléndido en tecnicolor.

Cuando desapareció en lo alto casi pude sentir un murmullo de decepción que recorrió todo el vestíbulo como una ola de energía. Su ausencia nos devolvía a aquel enorme hall en medio de un hilo musical de violines y las pantallas de plasma del bar llenas de tipos duros en blanco y negro que llevaban décadas desaparecidos.

El trasiego de la gente, el murmullo constante, el olor de la lluvia, el ligero rastro de su perfume... La vida es juntar momentos que rara vez llevan a algún sitio.

Volví a verla aparecer por esa misma puerta unas horas más tarde. Miraba con asombro el vestíbulo como intentando recordar el camino recorrido hasta llegar allí y llevaba los zapatos en una mano y el bolso en la otra. Era la misma mujer, un poco más hermosa y un poco menos sobria.

Al verme en el otro extremo del vestíbulo me lanzó una sonrisa galáctica y empezó a caminar sobre la alfombra con la concentración de un equilibrista mientras yo contenía la respiración para no verla caer y romper ese travelín existencial, casi mágico, que nos conectaba.

– Esta ciudad esta muerta, querido. Una chica nueva en la ciudad y se empeñan en irme cerrando cada sitio donde quiero entrar. ¿Te lo puedes creer?

Los coleccionistas de momentos pasamos años esperando el instante en que alguien nos deje recitar nuestro papel. Tienes que entendernos, conteste, apenas hace cinco años que se nos murió el dictador y aún no hemos aprendido a divertirnos.

Ella se reclino sobre el mostrador haciendo fuerza sobre los brazos y dejando sus pequeños pies balanceándose en el aire mientras nuestros ojos se perseguían sin descanso.

– Pobre niño, me dijo poniendo su mano sobre mi mejilla y situando sus labios a esta distancia de los míos -Tú también te has quedado aquí, atrapado en esta horrible ciudad, ¿verdad?

No había respuesta posible ante un diagnostico tan preciso. Vivir en aquella ciudad era como boquear sin descanso en busca de un aire que no acaba de llegar a los pulmones. Una muerte lenta atrapada en una caja de música esperando unas manos que la pusiesen en marcha.

Cuando comenzó a subir por aquellas escaleras aquel vestíbulo y toda mi vida volvieron a parecerme insoportablemente pequeños.

Debemos hacer ronda dos veces cada noche, lo pone en un libro enorme lleno de normas que nos entregan al contratarnos. Por eso me sentía perfectamente inocente cuando, un poco más tarde, mis pasos se encaminaron escalera arriba. Aunque algo debería haber sospechado porque mi subconsciente, en vez de hacerme subir en ascensor hasta la última planta y luego recorrer en sentido descendente el edificio como hacía todas las noches, decidió empezar directamente en la segunda planta.

Antes de poder comprender mi engaño me encontraba ante su puerta donde me esperaba, perfectamente recortado entre las luces de emergencia, uno de esos enormes zapatos suyos, agazapado como un animal doméstico en espera de un dueño.

Lo recogí y acuné en mi regazo intentando encontrar alguna respuesta cuando el destino, siempre a la espera, decidió encajar todas las piezas en su sitio y el golpe de un pestillo abrió a mis espaldas una rendija de apenas cinco centímetros que daban paso a una oscuridad total.

si el lunes pregunta por mi...

si el lunes pregunta por mí...

tú di siempre que no estoy

la hora de la siesta

Un punto a favor de compartir vida con un gato: la hora de la siesta se convierte en una dura competición por alcanzar el bostezo más escandaloso, la mayor permanencia bajo las sábanas y, mi disciplina favorita, lograr estirarse con el mayor ruido de vértebras colocándose.

No es por presumir, pero de momento voy ganando de largo.

la araña que quería ser artista

Cada mañana, la araña que quería ser artista teje un precioso tapiz que llena de formas geométricas y puro vacío.

Al romper el alba, sin apenas dormir, recorre cientos de metros desde su guarida hasta encontrar el agua más pura recién salida de las entrañas de la tierra y con un esfuerzo inaracnido va creando con sus ocho peludas patas pequeñas esferas, redondas y perfectas que distribuye por toda su tela siguiendo un patrón que sólo ella conoce.

El resto del día lo pasa asomada a su cueva esperando palabras de halago de los insectos que pasan asombrados a su lado. Qué gran trabajo, le decían dos escarabajos apresurados. Cada vez te salen mejor, añadía una mariposa desde las alturas. Y la araña que quería ser artista sentía como los miles de pelitos de su caparazón se erizaban de puro gusto.

Y así fue como la araña que quería ser artista se termino muriendo de hambre. Porque, como descubrió demasiado tarde, del arte no se come.

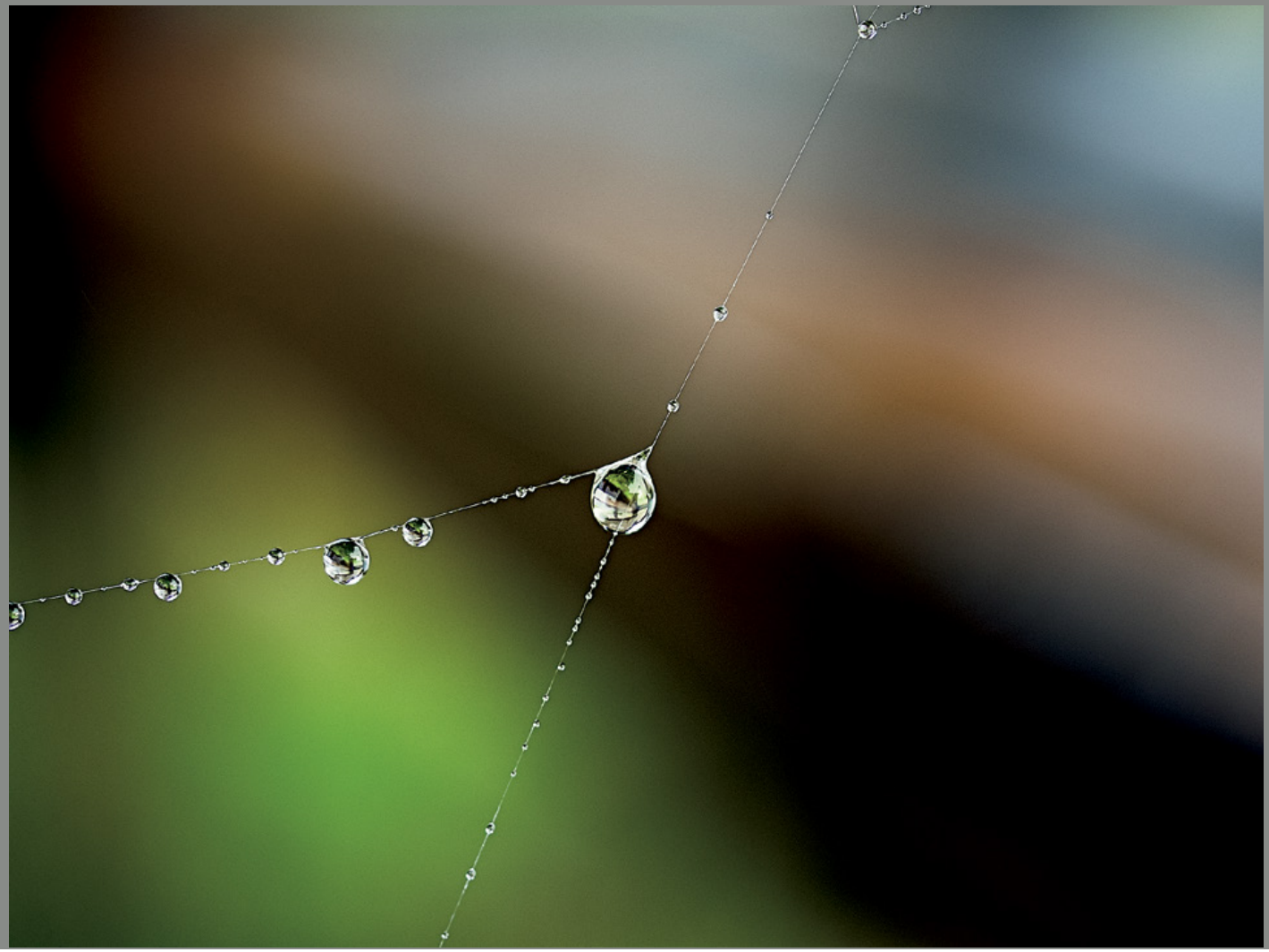
Con esa estocada tan certera desterró mi padre todos mis sueños de convertirme en una persona creativa para intentar llevarme por el recto camino del que en realidad era su gran sueño: el de convertirme en todo un ingeniero industrial. Aunque ni entonces ni aún hoy sigo sin tener claro a que artes arcanas se entregan los citados ingenieros.

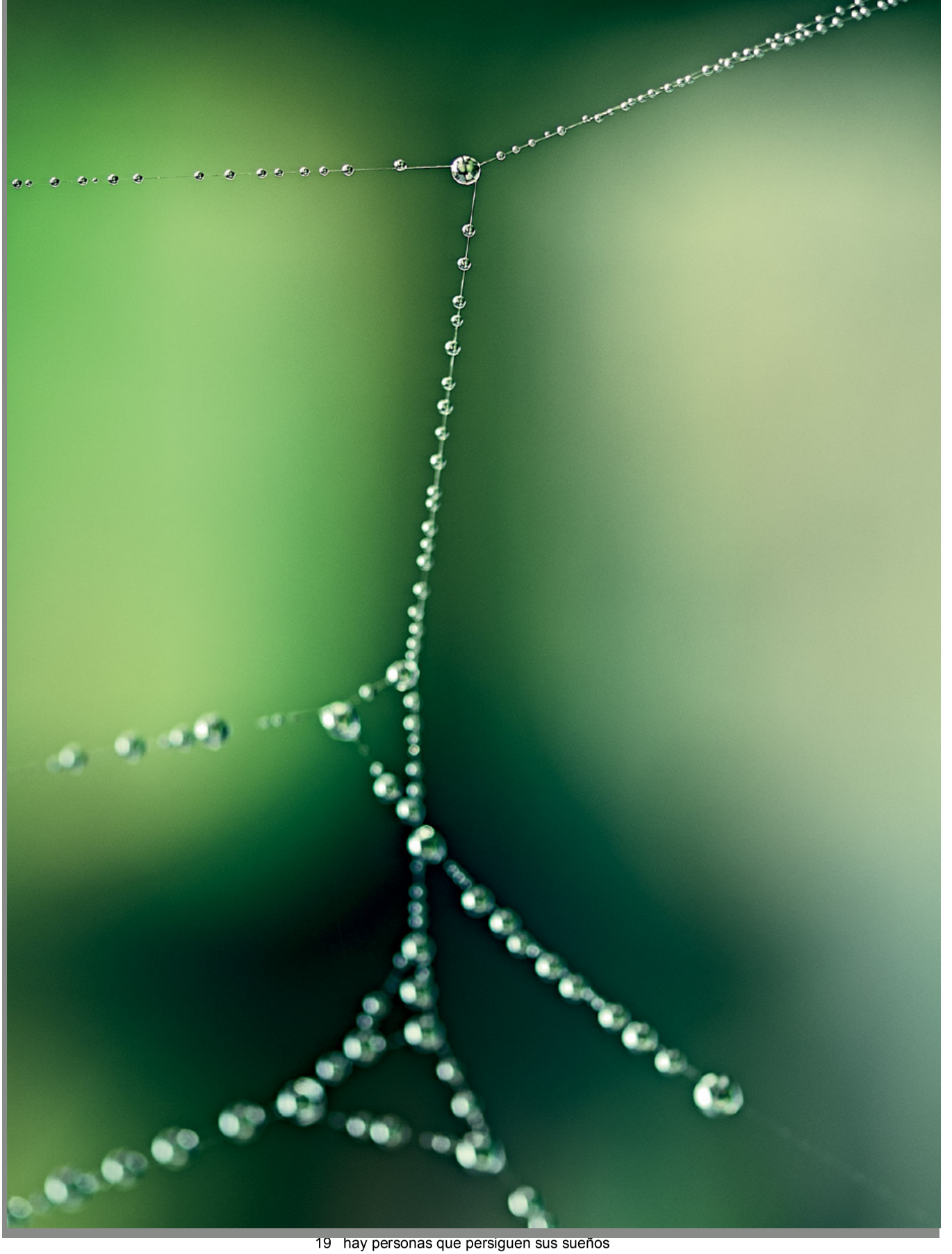
Un idiota mi padre. Si supiese que ya he logrado vender tres de mis mejores trabajos fotográficos seguro que me abrazaría con lágrimas en los ojos para pedirme disculpas.

El primer trabajo lo cambié por una merienda en una cadena de comida rápida y el tercero lo vendí por dos kilos de estupendas patatas cachelas recién sacadas de la tierra.

¿Y mi segundo trabajo?

De ese no hablaré porque no seré un artista pero sí todo un caballero.





al norte del norte

Mis fantasmas viven desterrados al norte de los mapas que he ido trazando a largo de toda una vida. A veces, en días como hoy, vienen a visitarme y me los encuentro al salir de la ducha o mientras preparo el desayuno.

Ya no importa. Han dejado de asustarme porque he entendido que no pueden hacerme daño.

Nunca dicen nada. Se quedan muy quietos en la otra esquina de la habitación y me señalan con un dedo acusador para dejarme claro que no se han olvidado de mi durante su destierro.

Con su mudo reproche me hacen soñar con realidades ficticias en las que siempre aparezco feliz. En otros lugares, junto a otras personas a mi alrededor que acabaron por marcharse y de las que apenas conservo algún recuerdo. Un carrusel con diferentes versiones de mi vida en las que me veo casada, con un puñado de hijos colgando de las faldas, llena de canas y con esas arrugas que cincela la felicidad en la comisura de los labios.

Cualquiera de esas imágenes borrosas podría haber sido tu vida, es el mensaje que tratan de transmitirme mis espectros.

Esa felicidad que ahora parece tan distante habría sido tuya si hubieses sabido elegir. Si no te hubieses rendido demasiado pronto, si hubieses aguantado un poco más.. si en vez de esto, aquello. Si arriba en vez de abajo. Decisiones, siempre decisiones que nunca salieron como deberían. Y en cada una de esas decisiones al final, justo al final cuando ya lo dabas todo por perdido, esperaba escondida la felicidad.

Mis fantasmas quedaron atrapados en aquel norte que no era solamente geográfico y yo, en una estúpida declaración de intenciones decidí vivir de espaldas al mar. En una ciudad, ahora empiezo a entenderlo, que siempre me resultará extraña y en ocasiones hostil.

Cuando regreso a aquella tierra que es la de mis antepasados mis fantasmas se hacen carne. Su presencia se torna demasiado vívida, casi palpable y con ellos vuelven los recuerdos, las historias y todos los muertos que he ido abandonando en los laterales del camino.

Es un lugar peligroso. Al norte del norte los vivos y los difuntos ocupan un mismo espacio físico y es demasiado fácil ensoñarse con segundas oportunidades que esta vez, esta vez sí, saldrían como debieron salir en su momento.

Al norte del norte es, como mínimo, una canción de Nacho Vegas...

hay personas que persiguen sus sueños

Mi compañero de dos mesas más atrás aparece todas las mañanas con cuatro botellas que ha llenado en la fuente del vestíbulo. Las alinea en formación sobre el escritorio y dedica la jornada laboral a terminar con su contenido mientras nos cuenta, una y otra vez, lo saludable de estar constantemente con el cuerpo lleno de agua.

A veces, en los días de mucho trabajo, se olvida de su ritual hasta el momento en que apaga el ordenador. Maldice contenido su mala memoria y se lanza sobre las dos botellas que quedan en pie y las bebe a manos llenas entre boqueos, jadeos y muestras de pura desesperación. Es duro, nos dice, pero gracias a ese ritual vivirá un montón de años sin faltar un sólo día al trabajo por una gripe o un cáncer envenenado.

En su entierro el director de la empresa entregará una insignia de agradecimiento a su viuda e hijos que sonreirán agradecidos de haberse librado de semejante gilipollas.

Mi compañero de contabilidad, con el que bajamos a desayunar todos los días, se enfrentó al mismo problema de su triste mortalidad y encontró la solución opuesta: no hay día que no tenga algo que celebrar con un bollo de grasiento chocolate y se hace acompañar a todas partes por un termo de una cerveza de alto octanaje que el mismo fabrica y que bebe a escondidas fingiendo ser un adicto al té.

Todos sabemos que no podemos contar con él hasta las doce de la mañana. A esa hora su cuerpo ha ingerido una buena parte del dorado elixir y su calva ha adquirido un saludable tono rosado. Es entonces cuando suele levantarse de su sitio para pasearse por toda la oficina dándonos palmadas en la espalda para felicitarnos por nuestro gran trabajo y para arengarnos con las tonterías que nos cuentan en los cursos de coaching a los que nos obligan a acudir.

Somos un equipo, grita subido a una silla en plena efervescencia. Somos la falange de este empresa que se abrirá camino hasta lo más alto del mercado. Ahí fuera debemos pelear cada día porque somos leones, o tigres, o algún animal muy fiero. Nunca esas estúpidas gacelas que sólo saben correr despavoridas.

Ese pequeño circo le hace estar muy bien considerado por los encorbatados de la planta noble que dirigen el negocio. Lo que no saben es que el calvo regordete, afable y un poco alcohólico es, en el fondo, un terrible anarquista: cada viernes roba un paquete de posits de colores que se lleva a casa. He hecho los cálculos, si todos hiciésemos eso en treinta y cinco años nos habríamos llevado la empresa por delante. Chúpate esa camarada Bakunin.

Trabajamos en la planta veinte de una torre inmensa nacida en medio de ninguna parte. Un descampado en el que muchos pusieron sus ojos en los años felices de excavadoras y ladrillos pero que se quedo en una promesa dormida en el despacho de algún arquitecto. Cuando bajas del tren y la ves en aquella soledad lo primero que piensas es que no puede ser cierto, que hay algo erróneo y maligno en esa torre de Mordor a la que has decidido entregar los únicos años de tu vida que merecían la pena.

Desde mi ventanal veo cada día una miriada de coches, caminos y nudos de autopistas que se desenvuelven ante mis ojos en completo silencio. Es una imagen mil veces repetida, indistinguible en su inicio o final. A veces toco con el dedo el cristal buscando una fisura, un hueco en esa realidad asfixiante.

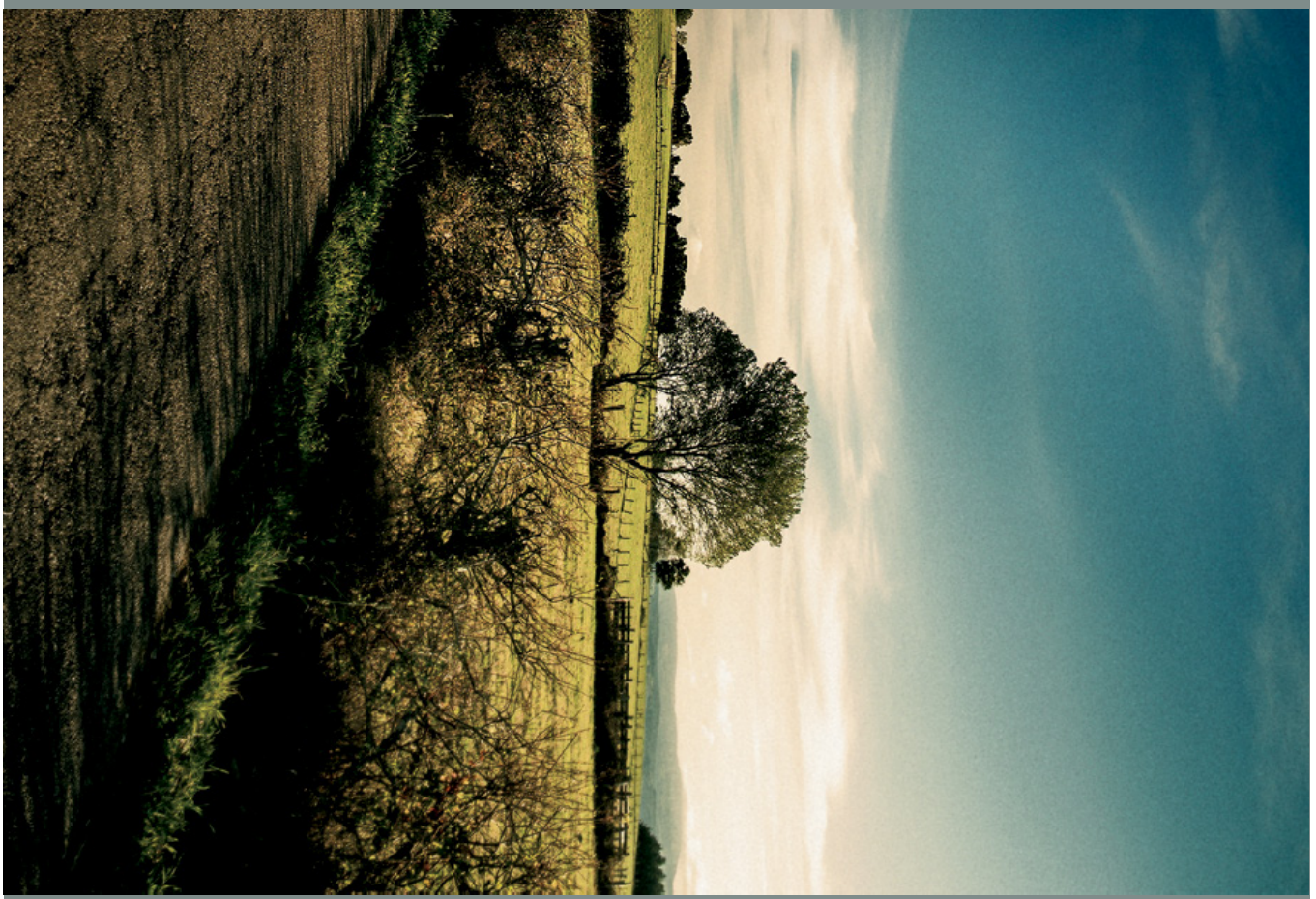
Durante dos años tuve una tregua: ella trabajaba dos plantas más abajo y todos esos días con sus noches los pasamos haciendo planes de huida de aquella espiral. Compraríamos una vieja furgoneta con la que veríamos mundo y al volver, llenos de anécdotas, tendríamos un hijo o un perro, eso aún no lo sabíamos, en una casa con un jardín.

Ni tan siquiera parecía un sueño complicado e inaccesible, pero al final todo se pudre. Es es la única certeza que siempre viaja contigo.

El resto de años los pasamos bajando la cabeza cada vez que nos cruzábamos en la oficina y nos dedicamos con ahínco a destruir toda esa vida en común hasta que un día ella desapareció dejando tras de si una postal que aún ondea en la puerta de mi nevera. Unas líneas y un par de fotos de prados enormes en algún lugar de Escocia: Aquí todo es verde y desde mi casa veo las montañas. Creo que esto te gustaría.

Aún hoy no puedo saber si esa última frase era una invitación o un acta notarial de nuestro fracaso.

Tenías razón: hay personas que persiguen sus sueños y otras que se ahogan irremediablemente en ellos.



Miss cafeína

Tuvieron hijos como quien acumula deudas en una mesa de juego: porque ya era demasiado tarde para retirarse, por pura rutina o porque esperaban ese ciego golpe de suerte que les redimiría de una vida que ya entonces intuían demasiado vacía. Demasiado incluso para las pocas expectativas que tenían puestas en ella.

Me asomo al abismo de sus ojos y sólo veo el cansancio infinito de quien encuentra todas las puertas cerradas. Me devuelve la mirada y bajo la cabeza avergonzado como la primera vez que se cruzaron. Sigo su mano hasta el cenicero donde deposita con extremo cuidado la última colilla consumida haciendo muchas maniobras hasta lograr dejarla en pie entre las otras, como un orgulloso estandarte de algo condenado a morir de manera irremediable.

Lo leo en sus ojos, intuye que la cacería no tendrá fin, que el rastro de sus peores temores siempre le acabará llevando al punto exacto de partida.

CK

principio y fin

De un útero infeliz.
De tinieblas encerradas y ocultas.
De la sombra de lo apresado.
De la noche.
De la claustrofobia que inventa dos brazos para el contacto,
dos ojos para el acecho.
De la promesa rota del "para siempre".
De una ensayada entrega.
De un premeditado abandono.
De algo vacío y sórdido.
De una partícula irritada y herida.
De una tristeza fría y autosuficiente.
De una vejez interminable y asustada de que la eternidad
resulte cierta.
De todo ello vengo...
A
todo
ello
voy...

♫ Ando buscando al Dios de la luz eléctrica,
si tú lo vieras, ¿le podrías hablar de mí?
Ando buscando al Dios de la luz eléctrica,
si tú lo vieras, ¿le podrías hablar de mí? ♫ ♪ ♪

José Ignacio Lapido….

31 hay personas que persiguen sus sueños

el Dios de la luz electrica

De los numerosos dioses que alguna vez visitaron la aldea el que más conmoción trajo a sus pequeñas vidas fue sin duda el Dios de la Luz Eléctrica. Su venida había sido anunciada con la voz de santos y profetas desde los púlpitos y en forma de palomas mensajeras a través de las gacetas locales.

La noticia había viajado a todos los rincones del valle y el día señalado allí estaban todos, reunidos en un silencio sacro ante la diminuta bombilla que habían instalado en la serrería del pueblo, lugar elegido para la invocación.

A la hora de los milagros el maestro de ceremonias activó un pesado interruptor y la bombilla, tras un parpadeo que hizo saltarse dos latidos en todos los corazones allí presentes, comenzó a relucir como un sol en miniatura atrapado tras el cristal.

Su madre, junto al resto de mujeres, lloraba y se pasaba las manos por la cara mientras repartían abrazos y sonreían sin poder encontrar palabras. Los hombres también observaban emocionados la escena, pero fieles al papel que creían tener en el curso de la historia se limitaban a sonreír y asentir como si de verdad entendiesen algo de todo aquello. Más tarde, al quedarse a solas con aquel prodigio, pulsarían arriba y abajo el interruptor intentando atrapar algo de aquella teúrgia.

Es imposible no comprenderlo. Hasta aquel instante eran criaturas atrapadas en los caprichos de los días: se levantaban al amanecer para arar los campos o luchar con los animales y volvían al anochecer agotados de esa dura pelea contra la naturaleza.

el tipo al que iban a fusilar

El tipo al que iban a fusilar se paso la noche en vela sin decir una palabra. Lo encontraron vencida la madrugada en la misma posición que al ser encerrado: con la mirada fija en un punto imaginario y fumando un cigarrillo tras otro que sacaba de un hatillo que le habían dado y que iba prendiendo con el pucho del anterior.

No era algo inusual. Muchos gritan, otros lloran en silencio. Algunos incluso logran dormir, pero la mayoría se refugian muy adentro de si mismos y no hay forma de sacarlos de ahí hasta que oyen el cerrojo de los fusiles frente al pelotón.

¿Recuerda si le dijo algo?

Sí, al ir a sacarlo nos quedamos mirando como apagaba la colilla con el pulso desbocado y él, muy gallardo y con un amago de sonrisa me dijo: no se haga ilusiones, si me tiembla el pulso es por hambre, no porque les tenga miedo alguno.

¿Algo más? Todos ustedes sabían quién era, ¿verdad?

Le llamaban el profesor, es lo único que recuerdo. Algunos decían que era porque había dado clases antes de la guerra, otros que era alguien importante, un intelectual, vamos. Intenta sonar despectivo en ese tono que ha escuchado miles de veces a sus compañeros. Pero la pausa es innecesariamente larga, dubitativa, y se gana una mirada inquisidora desde el otro lado del escritorio.

¿No recuerda nada más?

No, señor. Pura rutina, ya le digo.

Sin embargo, me han dicho que vieron como le entregaba un paquete.

El soldado mira a su superior y sus labios tiemblan intentando articular la respuesta que muere antes de nacer.

¿No los habrá leído? Le lanza antes de poder decir nada.

El soldado logra darse cuenta a tiempo que una repuesta a esa pregunta en cualquier dirección supondría una confesión. En realidad, concluye, no hay respuesta posible y se queda petrificado ante su superior con la mirada fija en algún punto situado por encima de su cabeza hasta que le ordenan retirarse.

El soldado, convertido en apenas un guiñapo tembloroso, apenas puede articular un ahogado *¡sí señor!*, y cuadrarse en una pose levemente marcial antes de salir de la habitación.

Los pocos pasos que recorrió hasta la esquina del edificio fueron el esfuerzo más grande que habría de hacer en toda su vida. Se apoyó sobre la pared advirtiendo, casi al borde las lágrimas, como unas gotas de orina se escapaban bajando por sus piernas. Así de cerca ha estado de perder el control.

Sabe que su vida en el ejército, o al menos esa vida que tanto esfuerzo le había costado reunir, siempre servil, siempre obediente, siempre lejos del peligro, ha terminado.

En la zona de talleres, detrás de un puñado de bidones vacíos, ha envuelto en un trozo de tela esas o hojas por las que le preguntaban. Él, que no ha ido más lejos del libro de instrucción a lo largo de toda una vida, ha pasado dos noches en vela descifrando las líneas febriles de un hombre destinado a morir.

La verdad, esa tan glosada por poetas y filósofos, nada tiene que ver con la soñada libertad. La verdad ata y encadena como la droga más dura, te hace responsable de tus actos y te impide volver a cerrar los ojos. Una vez descubierta, comprueba con espanto, de nada vale fingir. Ya no es capaz de hablar con sus compañeros sin sentirlos extraños. Las órdenes, que antes se ejecutaban sin pensar, ahora requieren el esfuerzo de su comprensión. Un segundo de retraso, una respuesta dubitativa y todos se vuelven a mirarle con el ceño fruncido y una pregunta bailando en los labios.

Casi ha enfermado en el esfuerzo de no hundirse en la última semana. Apenas puede explicar lo que ha leído ni lo que le ha llevado a esconderlo lo mejor posible. Sí sabe que eso es algo mucho más grande que su propia vida, algo que no merecía desaparecer sepultado en una tumba anónima.

Su única obsesión ahora es saber cómo sacar esas hojas de allí antes de que ocurra lo que ya le parece inevitable. Antes de verse en una de esas celdas o camino de la vanguardia, directo a la primera línea de frente que ahora, con la guerra casi perdida, se ha convertido en una máquina inexorable de administrar muerte y miseria. Un dios cargado de venganza al que cada semana le entregan armas y cuerpos y sólo devuelve fantasmas de vista nublada y ropa hecha jirones que caminan al lado de serenos y nada heroicos cadáveres postrados en carros arrastrados por famélicos caballos.

los buenos soldados

Detrás de cada niño aplastado contra el suelo, de cada ciudad hundida bajo las bombas, hay un buen soldado que creía formar parte de algo mucho más grande que le obligaba a cumplir órdenes aún sin entenderlas. Por eso fusilaron a tu abuelo, porque no era un buen soldado.

Sus dedos, deformados como garras, recorren las viejas fotografías contagiando sus manos con las manchas del tiempo. Personas de otra época, atrapadas en un papel cada vez más borroso en plena huida hacia un pasado inalcanzable. Quizás alguna vez logren llegar a su destino y en su lugar sólo quedará un recuadro blanco de cartón. Entonces ya no quedará nada para recodarles. Habrán muerto de verdad.

Tu abuelo era incapaz de hacer las cosas sin entendenderlas. Siempre haciendo preguntas, sin maldad, sólo intentando comprender. Era noble y valiente, pero no era un buen soldado. Mueve la cabeza a un lado y a otro sin mirarme. Nunca fue uno de ellos.

Se queda mirando al frente y se que necesita la soledad de sus viejos recuerdos. Retiro sin resistencia el álbum de sus manos ajadas y poso un beso rutinario en sus cabellos mientras emprendo la huida.

Apago la luz que agoniza intermitente y forcejeo contra la puerta de la entrada. Siento como la casa se desmorona poco a poco tras de mi. Huyendo hacía un fundido en blanco, como sus viejas fotografías. Sin ganas de vivir, como ella. Estoy a gusto aquí, me dijo una vez, y aquí es donde quiero morir, porque así tu abuelo sabrá donde encontrarme.

Huí entonces como lo hago ahora, demasiado cobarde para confesarle que esa persona de las fotografías no era mi abuelo y que los muertos nunca encuentran el camino de vuelta a casa.

la hora del té

La gitana que nos reparte ramitas de olivo a la salida de misa también lee mi futuro en los posos del té.

Ella mira con desprecio las sofisticaciones de estos tiempos tan dados a la pose y la banalidad. Para una tarea tan sencilla como adivinar el futuro no necesita tetera alguna ni, mucho menos, alguna de esas infusiones tan de moda ahora que vienen en envoltorios de diseño. Para realizar su nigromancia ella recurre a las bolsitas que compra en la sección de ofertas del supermercado.

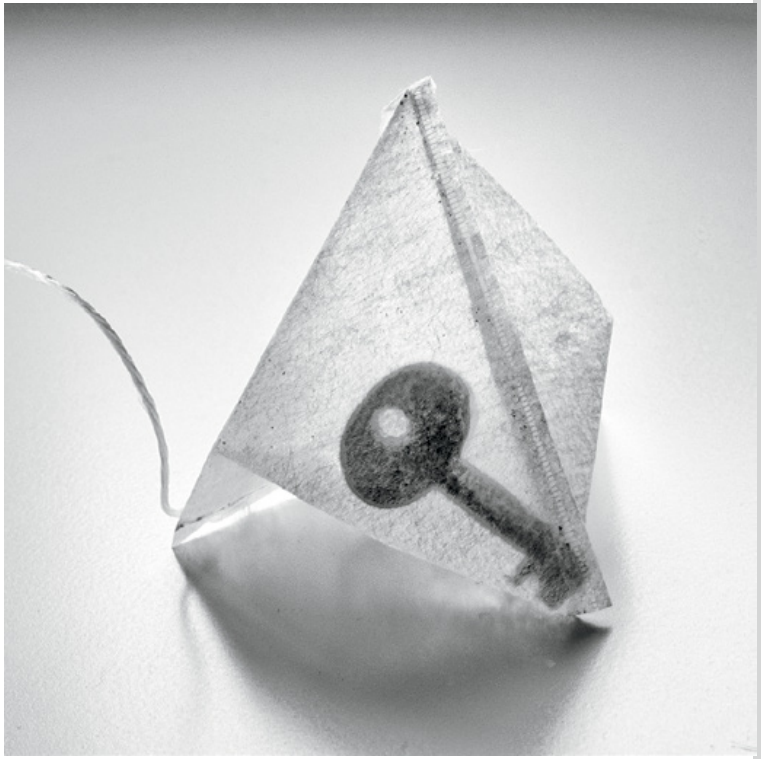
Dice que somos la simiente esparcida al azar en un barrio obrero. Que somos obreros, hijos de obreros y que llevamos la palabra precariedad escrita en la frente. ¿De verdad crees que necesito algo más complicado que esto para conocer tu futuro?

Me acerca la caja llena de bolsitas y señalo una al azar.

Todas estas bolsitas pueden parecerte iguales, me dice mientras la pone en una taza y vierte agua hirviendo. Cada una idéntica a la anterior y a la siguiente, pero no hay dos iguales como no hay dos vidas iguales. Cada una cuenta su propia historia y no siempre es una historia bonita de contar.

Ella no habla, escupe las palabras con el odio de quién ha visto demasiadas cosas y ya pocas pueden causar sorpresa.

Remueve con vigor el contenido de la taza y doy dos sorbos que me abrasan el paladar. Ella sonríe con fiereza y arroja la bolsita contra la mesa donde chapotea aún humeante con un desagradable sonido a cosa muerta.



En su mano brilla un cuchillo y con dos precisos tajos destripa la bolsa que burbujea agónicamente sobre el mantel de plástico. Los dos juntamos nuestras cabezas sobre los restos eviscerados intentando conjurar una visión entre el humo que se eleva a las alturas en una silenciosa plegaría a los espíritus.

La gitana se ajusta las gafas y remueve con la punta del cuchillo el resultado de la autopsia. Nuestras miradas se cruzan en algún punto del ecuador sobre la mesa. La mía, llena de curiosidad, la suya pesarosa y acompañada por un movimiento de cabeza.

¿Sabes?, me recuerdas tanto a tu padre. Él también era una criatura sin cojones.

La gitana de mi barrio es el peor comunity manager del mundo.

el circo de los bichos

Cada vez que un humano pasa sus enormes zapatos por encima de un hormiguero o rompe una fila de orugas dejando un rastro de destrucción a sus espaldas, los insectos vuelven inmutables al punto de partida. En pocos días veremos un nuevo hormiguero y la que parece la misma fila de procesionarias persiguiendo un destino que sólo ellas conocen. Lo hacen sin ira ni rabia, no dedicarán un instante de su tiempo a reprocharnos nuestra conducta porque ellos no cuentan a sus muertos de la misma forma que no cuentan a los vivos. Para ellos el todo, el hormiguero, la colmena, es el individuo.

El día que la raza humana comprenda algo tan sencillo dejará de ser una plaga para sí misma.

Encontré al circo de los bichos en las afueras del pueblo. Es fácil, llegas a la plaza principal, la que tiene una fuente, y sigues por el camino de la panadería. En diez minutos las casas se hacen más difusas y empiezas a ver trozos de terreno baldío. Si te fijas un poco, a mano derecha sale un camino que discurre por lo que parece el cauce de un antiguo río. Aún es pronto, hay poca luz y todavía llegan los ruidos de los coches. Debemos caminar por el sendero que sube, un buen rato, quizás unos diez kilómetros para llegar, casi sin aliento, a la enorme pradera que han elegido como carpa.

Es un lugar magnífico, si miras hacia abajo, al camino ya recorrido, ves al pueblo en silencio, pero si miras hacía arriba sólo ves el cielo y más campo. Si contienes la respiración, si paras los pensamientos durante un rato puedes llegar a creer que el mundo se ha detenido para que lo observes con calma.

Ten cuidado, es fácil sentirse muy pequeño en esas situaciones. Si eso ocurre no te dejes llevar por el pánico, recuerda que en el bolsillo izquierdo de tu pantalón llevas el móvil. Puedes sacarlo durante un instante, implorar al dios de la cobertura y volver a sentirte parte de algo mucho más grande con los mensajes y notificaciones recibidos. ¿lo ves?, tu mundo sigue ahí.

Este año el circo de los bichos viene con muchas novedades:

Tenemos al inimitable insecto bala, un silfo, un portento de los aires. Después de una gira triunfal esquivando parabrisas en las principales autopistas de peaje nos deleitará con un nuevo número del que no espera salir con vida: se enfrentará a los temibles pájaros del Apocalipsis.

No podemos olvidarnos del contrapunto cómico con los clowns haciendo todos los trucos posibles con el polen (es un número muy breve)

Y, por supuesto, al único, al fantástico, al autentico artista del alambre® con sus trucos fáciles para tiempos complicados.

Le entrada, claro, es gratuita, pero no siempre es fácil encontrarlo. Para ver el circo de los bichos hacen falta otros ojos, unos ojos más limpios. Los ojos de un niño valdrían, pero no debemos olvidar que en muchos lugares del mundo es ilegal caminar con los ojos de un niño en los bolsillos.

las cuentas nunca salen

Cosas que se mantienen en pie como barricada contra las cosas que se derrumban, a eso parecía reducirse todo. Empezaba a cogerle el truco, aunque quizás ya era demasiado tarde para intentar entender nada.

Se asoma a la ventana y cuenta los nubarrones que empiezan a formarse mientras se rasca la barba de cuatro días. Le pica, pero hace demasiado frío para pensar en ducharse y no digamos afeitarse. Tendría que tener el calentador puesto demasiado tiempo y estamos a final de mes.

Hay días que al levantarse le gustaría pensar que aún le quedan muchas cosas en su vida que no han sido demolidas por el paso del tiempo, pero las mayoría de las veces se siente como si un tanque le hubiese pasado por encima y sólo hubiese dejado un surco enorme en medio de un campo embarrado.

Al final todo se reduce a buscar excusas. Una excusa para salir de la cama y otras muchas para vestirte y salir a la calle a fingir que todo es normal.

Que es normal haber trabajado toda una vida para acabar sin poder poner el calentador del agua. Normal el haber intentando construir algo parecido a una vida y que todos a tu alrededor acabasen jodidos. No, no nos engañemos, casi siempre por tu culpa que estabas siempre en el punto exacto donde no tenías que estar.

Todo perfectamente normal.

Si me hubiese muerto hace treinta años nos habríamos ahorrado todo ese cansancio, murmura.

Mueve su cabezota y se niega a seguir esa línea de pensamiento. Mírate, ya empiezas a sentir pena de ti mismo. No eres más que un cartel de derribo al que le han salido piernas y unas orejas llenas de pelos.

Se asoma a la ventana aún con el pijama raído y observa a través del cristal gruesas gotas de lluvia caer sobre un sorprendido ejército de transeúntes que empiezan a desperezar paraguas de colores. Mueve sus manos intentando conjurar el calor e incluso mira al radiador intentando hacerle funcionar aunque sólo sea con la fuerza de sus recuerdos.

Deprisa, debes moverte. No puedes quedarte parado. Todo el día en aquel diminuto apartamento mirando por la ventana y pensando, joder, pensando. Vas camino de los ochenta y aún no has dejado de pensar.

Ha adquirido la costumbre de los viejos de hablar en soledad, dirigiéndose a un público de fantasmas. Es una ficción para mantener a raya a la muerte, para decirle a la negra que dentro de ese cuerpo vencido aún queda un alma que pelea. Pero es una ficción que huele a derribo y derrota anticipada porque los fantasmas rara vez contestan. Sólo sonríen con burla a quien de forma tan desesperada defiende lo poco que le queda.

Hace un frío de tres pares de cojones ahí fuera y ya no quiere seguir durmiendo. Quizás debería acercarse al bar de la esquina. Por algún motivo que no logra entender el dueño le pone siempre un café sin pedirle nada a cambio. A veces, incluso pone un par de magdalenas a su lado como compañía. Apenas han hablado un par de frases pero desde el primer momento el tipo le hizo la radiografía. Tampoco era complicado, sospecha, en el fondo ya no engañas a nadie.

La vida es una larga espera entre un golpe y el siguiente. Por eso al envejecer nos encogemos. Es el cuerpo que busca acomodarse para poder recibir los golpes minimizando el daño recibido. Hasta que al

final comprendes que no merece la pena volver a levantarse y te quedas tirado en el suelo como un guiñapo a la espera del camión de la basura.

Y entre un golpe y el siguiente vas enterrando a tus muertos y te sientes triste. Pero es una tristeza mezquina y egoísta porque cada muerto te recuerda que tú eres el siguiente. Cada muerto es una invitación a mirar tu calendario y hacer tus propias cuentas y, ¿sabes una cosa? Exacto...

las cuentas nunca salen.

Todos los viernes los tipos duros del barrio aparecían en el descampado del centro comercial y hacían trompos polvorientos tirando del freno de mano. Cuando se quedaban sin gasolina aparcaban sus monturas y abrían puertas y maleteros para llenar con el ruido de sus altavoces aquel conglomerado de casas de ladrillo, ropas colgadas y eterno olor a verduras cocidas en el que vivíamos.

Los veía al salir del entrenamiento. Con el balón aún debajo del brazo me quedaba observando con los ojos muy abiertos en espera de una invitación que nunca llegaba.

También había chicas, siempre pululando alrededor de los coches y de los tipos, de miradas asustadas y desgarbadas empezaban a conocer sus cuerpos y el poder que podían engendrar. Sé que me hago trampas al solitario, que ni las doncellas ni las monturas eran tan atractivas como se empeña en susurrarme mi memoria, pero no dejaba de soñar con el momento en que formaría parte de todo aquello.

Creo que fue entonces cuando empecé a escribir. La escritura como una barricada contra la desmemoria que nos llega y lo barre todo. Escribía, me masturbaba como poseído, robaba algunas cervezas de los bares y jugaba al fútbol. El balón era el pasaporte para salir de aquel barrio y, si tal escapada no era posible, al menos para regatear ese eterno bostezo que era la infancia en aquellas calles.

Ellos tenían sus coches y su velocidad, nosotros el balón. Todo formaba parte de una misma realidad que nos oprimía.

El futuro que nos esperaba no se parecía en nada al que nos habían vendido y se empezaba a apoderar de nosotros una frustración que latía bajo cada uno de nuestros actos. Veíamos a nuestros padres, veíamos a nuestros hermanos, caminábamos por el barrio y empezábamos a comprender que nunca seríamos las estrellas de televisión que imitábamos a diario. No seríamos héroes ni villanos. Seríamos nuestros padres, seríamos nuestros hermanos. No seríamos nada y nada quedaría tras nuestro paso.

Necesitábamos un plan de huida pero las puertas se iban cerrando a toda velocidad. Vivíamos atrapados en una ciega oscuridad, y en esa oscuridad había cosas que se movían y esas cosas a veces te atrapaban. Muchos de aquellos tipos del descampado no pasaron de los treinta años, cayeron tan rápido que parecían las víctimas de una maldición.

héroes

El mejor de nuestro equipo era el lateral izquierdo. Un chaval muy delgado y serio como un cuadro del Greco que siempre jugaba con los dientes apretados. No os creerías las cosas que le he visto hacer con un balón. Hasta que no le veías bajarlo de los cielos y empezar una jugada no comprendías lo torpe y lento que eras a su lado.

Ahora trabaja en una sucursal de un banco a pocas calles del barrio. Lleva trajes muy elegantes, tiene una casa muy bonita y sus jefes no paran de recordarle lo lejos que llegará. Cuando los de arriba te dicen lo lejos que llegarás siempre lo hacen con las líneas marcadas: podrás llegar lejos, pero nunca llegarás hasta donde están ellos. Nunca vivirás en sus enormes casas a las afueras, ni conducirás sus coches ni, por supuesto, conocerás a esas mujeres de diseño que llevan colgadas del brazo a todas partes.

Cuando alguien del barrio llega lejos lo hace hasta donde le permite su abono transporte.

Los jueves le dejan salir pronto y casi siempre nos vemos un rato, cambiamos el mundo y volvemos a nuestras vidas sintiéndonos un poco menos culpables. Esta mañana, en la sucursal, salieron a recibirme los héroes de nuestra selección de fútbol en fotografías a tamaño natural. El banco empezaba una campaña nueva y habían encargado un ejército de monigotes que tenían un balón de reglamento en las manos.

Son de esas cosas que haces sin pensar: tome el balón entre mis manos y cuando mi amigo tenía los brazos abiertos pare recibirme, le lancé el balón rozando el techo. Puso cara de pánico al principio, pero algún viejo resorte saltó en su cabeza porque saco el pecho y acuno el balón para bajarlo con suavidad sobre su rodilla izquierda, tres, cuatro toques y luego a la derecha. Dejó caer el balón en el talón, lo dejo ahí quieto unos segundos, lo cambio de pie, otros cuatro toques y me lo devolvió justo a las manos.

En la sucursal se hizo un silencio atronador. Todos miraban con sorpresa y alguno hizo el amago de aplaudir pensando que estaban atrapados en medio de algún anuncio con cámara oculta.

Mi amigo, al comprender lo que había pasado, se tiño de rojo, bajo la cabeza y volvió corriendo a su sitio intentando borrar de nuestra retinas ese instante de pura magia.

No hay nada que hacer. El barrio se le ha metido dentro.

Madriz de noche

¿Dónde has dicho que era? Aquí a la derecha, el número 36. Levanto la cabeza hacía el número que reluce en medio de la noche. Ah, si, ya lo veo. Bueno, pues hemos llegado ¿No? Si, muchas gracias. Antes no me importaba mucho venir sola, pero mi barrio cada día esta peor. Ella apoyada en una esquina del portal, yo en el otro. En medio un abismo de escalones; nos miramos en la distancia y nos sentimos cómodos lanzando palabras. No importa, tampoco me he desviado mucho. En fin, nos vemos mañana. Desciendo un escalón rumbo a la noche, pero me detengo al ver la duda trazando una expresión extraña en su cara. Si, bueno, llegaré tarde, pero ya os buscaré. Perfecto, pues nos vemos. Desciendo otro escalón, ya casi toco la acera, pero ella no se decide a buscar refugio en el portal. Oye. ¿Si? Nada, dejalo. Recupero un escalón. No, dime. Vas a pensar que estoy loca. Parece sonreír. Eso ya lo pienso desde hace mucho. Sonrío, sonríe ¿Te gustaría subir? Lo dice casi sin querer y la veo mirar al suelo avergonzada. ¿Qué? Es la única expresión que encuentro. Se sienta en el suelo y lentamente veo desmoronarse toda esa madurez que tan cara hemos pagado, ya sólo es una niña. No, no estoy hablando de sexo. Mierda, vas a pensar que soy

una zorra o una calienta. Joder, no se como explicarme. Decido romper el abismo que nos separa y me siento a su lado, casi tan cerca como para oler su aliento y ver unas lágrimas que no se deciden a dar el salto hacía el vacío. Venga, tranquila, empecemos de nuevo. Veras. Me mira. Mierda, preferiría estar muerta a tener que amanecer de nueva sola en esa habitación.

Madrid de noche es una fiera de ojos rasgados que habita en los rincones oscuros de nuestro corazón. Una bestia sin alma que nos sigue y acecha tras cada paso solitario para recordarnos lo cerca que planeamos del absurdo, lo lejos que estamos de tocar el cielo con nuestras manos.

Pasos solitarios que nos guían a calles sin salida; manos vacías, crispadas buscando impotentes las armas y estandartes con las que nuestros antepasados cosecharon derrota tras derrota. Componiendo nuestras mejores sonrisas mientras camuflamos nuestra soledad en independencia, danzando como polillas suicidas alrededor de una bombilla que nos ciega tanto como nos guía. Juntando palabras al azar en un scrabble demente con el que formar esas gran poesía, esa que hablaba del amor, la guerra y las palabras nunca dichas.

Y alguien desde el otro lado del mundo nos pregunta a gritos si se ve ya la tierra prometida. Nosotros decimos que si, si nos sentimos profetas. O no, si nos vence la abrumadora realidad.

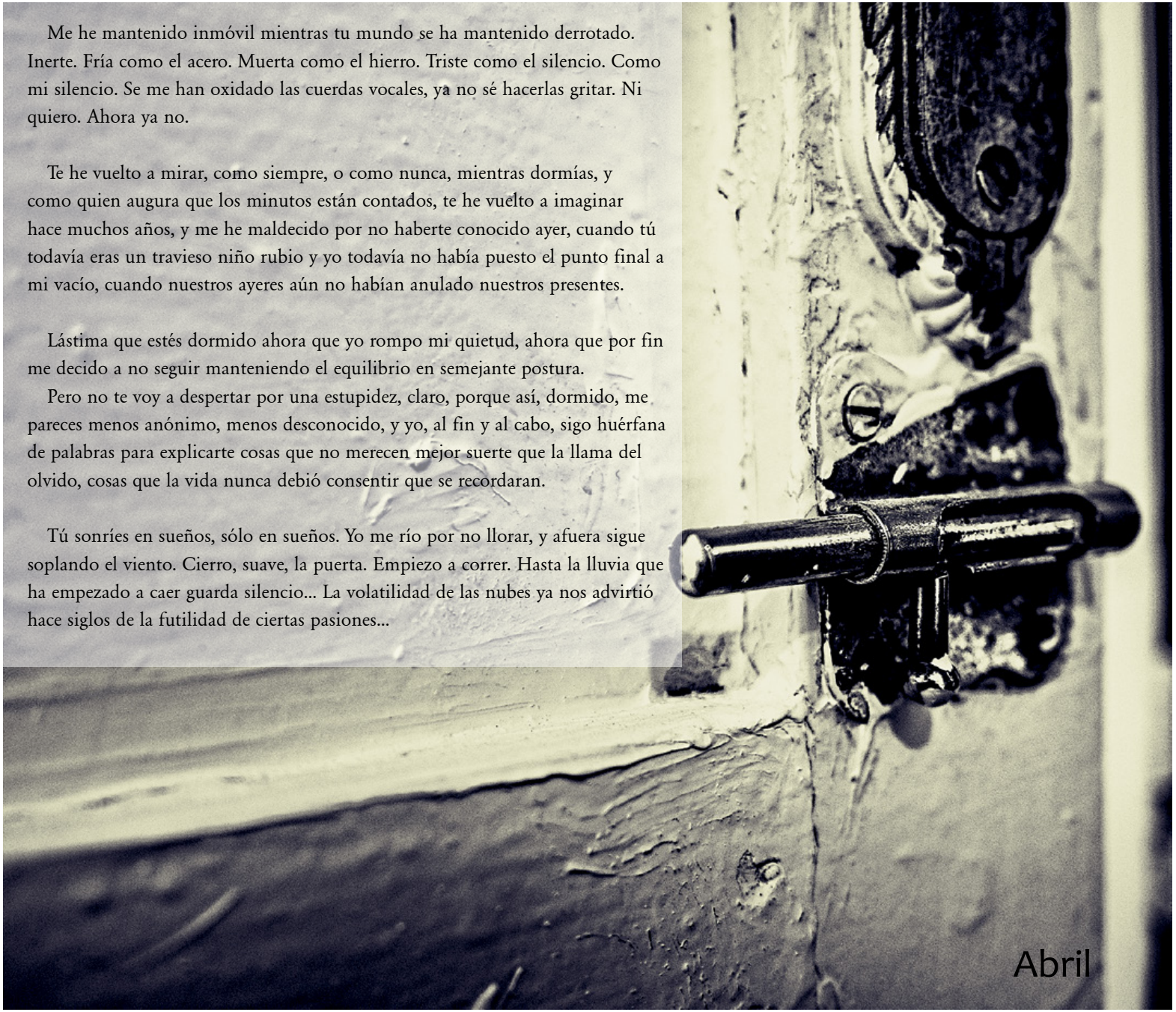
Sé que cuando me despierte me dirás que todo ha sido un sueño, que nunca amaneciste en mis brazos ni de tus labios salió nunca un te quiero.

Pero ya nada importa, la luz del alba, incapaz de mentir, nos vuelve a convertir en seres deformes e imperfectos y alguien, quizás Dios, escribe con trazos gruesos de escolar aplicado la palabra fin en el horizonte, poniendo fin a nuestra función.

Aplaudid, por favor.

Objetos perdidos

Tu vida y la mia descansan en un estante de la oficina de objetos perdidos. Ya no es tiempo de preguntarse lo que fuimos. A decir verdad, ya no es tiempo de casi nada. Contengamos la respiración. Finjamos no ser... de un momento a otro, nuestro nombre dejará de figurar en las agendas de todos aquellos que un día llamamos amigos.



Me he mantenido inmóvil mientras tu mundo se ha mantenido derrotado. Inerte. Fría como el acero. Muerta como el hierro. Triste como el silencio. Como mi silencio. Se me han oxidado las cuerdas vocales, ya no sé hacerlas gritar. Ni quiero. Ahora ya no.

Te he vuelto a mirar, como siempre, o como nunca, mientras dormías, y como quien augura que los minutos están contados, te he vuelto a imaginar hace muchos años, y me he maldecido por no haberte conocido ayer, cuando tú todavía eras un travieso niño rubio y yo todavía no había puesto el punto final a mi vacío, cuando nuestros ayeres aún no habían anulado nuestros presentes.

Lástima que estés dormido ahora que yo rompo mi quietud, ahora que por fin me decido a no seguir manteniendo el equilibrio en semejante postura.

Pero no te voy a despertar por una estupidez, claro, porque así, dormido, me pareces menos anónimo, menos desconocido, y yo, al fin y al cabo, sigo huérfana de palabras para explicarte cosas que no merecen mejor suerte que la llama del olvido, cosas que la vida nunca debió consentir que se recordaran.

Tú sonríes en sueños, sólo en sueños. Yo me río por no llorar, y afuera sigue soplando el viento. Cierro, suave, la puerta. Empiezo a correr. Hasta la lluvia que ha empezado a caer guarda silencio... La volatilidad de las nubes ya nos advirtió hace siglos de la futilidad de ciertas pasiones...

Abril

pequeños incendios

El pelaje de cualquier minino, sometido al sol de la mañana, acaba generando una combustión espontánea cuya gravedad depende del tiempo de exposición y la intensidad del sol en ese momento. Los resultados, con demasiada frecuencia, resultan fatales para los pobres felinos que desconocen las normas básicas de comportamiento en caso de incendio y se limitan a recorrer la casa envueltos en llamas y prendiendo fuego a nuestras más preciadas posesiones.

Por suerte los mininos, al menos los mininos vivos, tienen un sofisticado mecanismo que les permite detectar justo a tiempo el momento de la combustión. Un gato que duerme al sol de la mañana y apenas unos segundos después salta y corre por toda la casa como si estuviese azuzado por el mismísimo satanás es un gato que ha estado a punto de salir ardiendo con catastróficas consecuencias.

En un informe publicado por la asociación de aseguradas domésticas de California plasmaban sus dudas sobre la gran cantidad de incendios domésticos atribuidos a fallos eléctricos. En un 75% de las casas en las que se produjeron ese tipo de siniestros había al menos un gato que resulto totalmente carbonizado. Además, citan textualmente informes de los bomberos, encontraron trazas de fuego que, según sus conclusiones,no serían incompatibles con un felino en llamas corriendo despavorido por toda la casa sin comprender lo ocurrido.

Lejos de rechazar la compañía de tan dulces mamíferos lo que proponemos desde esta humilde página es aplicar unas mínimas lecciones de seguridad a nuestros felinos. De la misma forma que un minino podía perfectamente aprender a usar una cámara fotográfica (cómo fotografiar un micho) es sencillo explicarle el funcionamiento de un extintor a cualquier gato adulto.

De nuevo, el mayor problema al que nos enfrentamos es a la ausencia de pulgares oponibles para poder ejercer presión sobre el citado extintor. Eso, unido al ancestral odio que le manifiestan al agua, puede hacer muy frustrante el proceso de aprendizaje. Sin embargo, si algo valora un minino por encima de cualquier cosa es su propia vida. Unas pocas fotografías de felinos ardiendo, un par de vídeos de edificios en llamas y nuestro peludo amigo se convertirá en el mejor guardián de nuestro hogar.

cómo fotografíar a un micho

Los mininos, como criaturas inteligentes que son, han aprendido a desconfiar de los humanos y sus extraños cachivaches. Por eso, si nos presentamos ante ellos y les apuntamos con un artefacto fotográfico, su primera reacción será subirse a la estantería más alta de la habitación.

La mejor forma de aproximarse con una cámara ante un felino es sostenerla en la mano como si fuese cualquier otro tipo de objeto cotidiano y dejarlo de forma casual relativamente cerca de sus bigotes. Es algo que se encuentra más allá de sus instintos, incluso esos gatos gordos y perezosos que pasan los días comiendo, engordando y siendo adorados por sus esclavos humanos, se acercarán a poner la zarpa encima de cualquier cosa nueva y extraña que tengan cerca.

Una vez que hayamos conseguido su atención ya tenemos gran parte del trabajo hecho. Eso sí, no olvide que si aún es dueño de una de esas antiguas cámaras analógicas el siguiente paso es mucho más complicado ya que los gatos, al carecer de pulgares oponibles, no podrán pasar adecuadamente el carrete con la palanca; en las modernas cámaras digitales, con sus botones tan fáciles de pulsar, es casi trivial lograr que el gato aprenda los mecanismos básicos.

En cualquier caso, recuerde que los gatos son criaturas muy vanidosas que no soportan recibir lecciones de ningún tipo, y mucho menos de un humano, por lo que debe limitar las explicaciones a conceptos sencillos y hacerlo sin que parezca una clase magistral. Hágalo como si estuviese hablando para sí mismo, algo en plan: seguramente si pulso este botón y muevo esta rueda en el sentido de las agujas del reloj modificaré los parámetros del obturador.

En poco menos de dos horas un gato adulto habrá podido aprender los mismos conceptos que cualquier cachorro humano inteligente asimilaría en un par de semanas. En el caso de mi gata me he limitado a explicarle como funciona el modo semiautomático y, por supuesto, el autodisparo. Algo fundamental cuando queremos que el felino se fotografíe a si mismo, objetivo último de este artículo.

Una vez que tengamos la seguridad de que los conceptos han sido

asimilados podemos dejar a nuestra mascota a solas en la habitación. En general trabajan mejor sin interrupciones de ningún tipo, por lo que es bueno cerrar la puerta y asegurarse un entorno silencioso para que, en un par de horas aproximadamente un gato normal, no hace falta que sea especialmente inteligente, nos entregue unas seis o siete fotos más que aceptables.

Como último punto no olvide compartir los resultados con el modelo para valorar su opinión. Recuerde que esa misma vanidad de la que hablábamos antes les hace convertirse en criaturas ponzoñosas, auténticos pozos de rencor y maldad cuando se sienten humillados en su felinidad. Ni se le ocurra subir un vídeo de su gato cayéndose de forma estúpida o posando con cara de cierto retraso mental. Si hace eso, seguramente no hoy ni mañana, pero seguro que en algún momento, acabará siendo víctima de algún extraño accidente doméstico de difícil explicación que incluirá desnudos parciales, botes de lejía encajados en estrechos orificios y posturas claramente bochornosas.

La asociación americana para la seguridad en el hogar cifro en un 85% los hogares en lo que se habían producido accidentes calificados como extraños por los servicios sanitarios y con un gato como mascota. Una cifra que sólo alcanzaba un 22% en el caso de casas con perros y un mísero 5% en el caso de hogares sin mascota. Téngalo en cuenta la próxima vez que suba un video a YouTube o se abra un nuevo flickr.

Espero que este artículo os haya sido de utilidad y que no dudéis en compartir vuestras experiencias y resultados con nosotras. En breve haremos algo similar con los perros y otras mascotas. Incluso uno de nuestros colaboradores habituales ha obtenido resultados esperanzadores con peces, aunque de momento todas las fotos han salido horriblemente movidas o los peces han (pececido) perecido entre terribles agonías.

El año que perdimos la fe prendimos fuego también a todas aquellas cosas que nunca acertamos a escribir... Logramos descifrar aquel año el enigma de una

lágrima... Fue toda una hazaña... El resto del tiempo, hasta ahora, lo hemos dedicado a hacer solitarios con los **silencios** de los otros y a ordenar un puñado de fragmentos que han hecho que nuestra vida sea algo parecido a una vida... No es mucho... lo sabemos...y no importa. Jamás hemos esperado aplauso alguno.

mi país

He intentado escribir el nombre de mi país en un papel y no he podido. Al principio vino la náusea y al poco el suelo comenzó a abrir bajo mis pies un vacío más existencial que metafísico.

Qué tontería, es lo primero que pasó por mi cabeza. Aferré el bolígrafo con todas mis fuerzas dispuesta a no ser vencida pero fue imposible: la mano se quedó clavada en el papel dispuesta a no avanzar ni un milímetro.

En el servicio médico me ha atendido un chico joven con unas manos preciosas al que no había visto nunca, cosas del verano o los recortes en la plantilla. Me ha escuchado con paciencia, ha asentido como si entendiese realmente mi problema y se ha puesto a dar largos paseos por la habitación. Al darse la vuelta, a traición, me ha puesto un papel y un bolígrafo de propaganda ante mis ojos y se ha lanzado a dictarme todos los países de Europa.

Los estaba copiando todos como una alumna aplicada cuando entre medias, sin aviso previo, ha pronunciado el nombre de mi país.

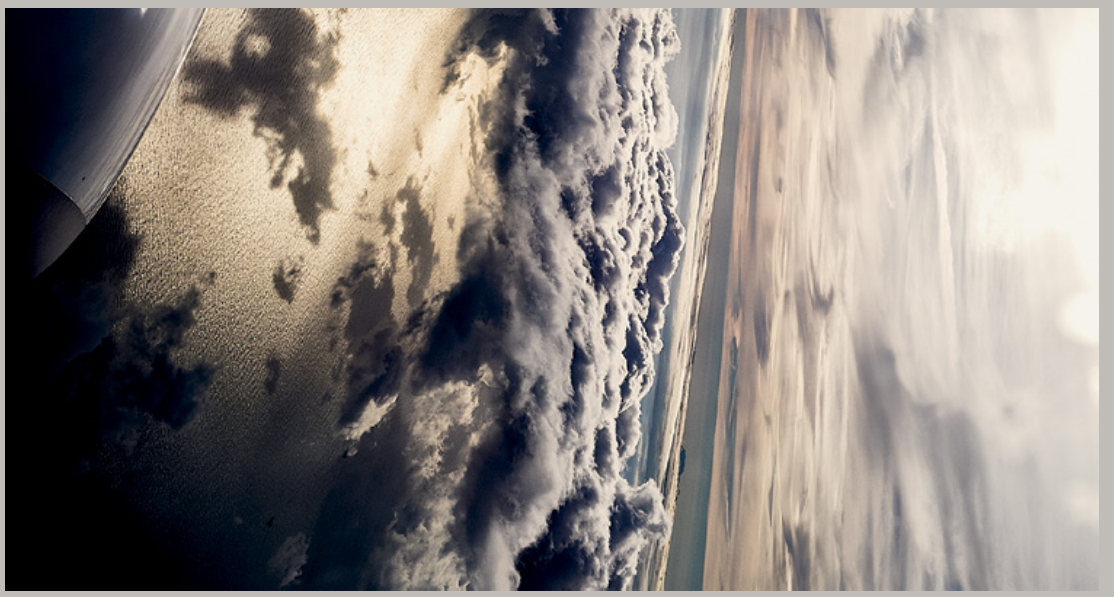
Casi lo consigo, la mano iba lanzada por la primera letra y al comenzar la segunda he taladrado sin darme cuenta el papel de pura rabia.

El médico levanta incrédulo las cejas y nos quedamos atrapados en medio de un silencio que no es tal silencio. Se oyen toses al final de pasillo y un coche pasa despacio por la calle. Al final me quita los útiles de escritura y con sus manos, unas manos finas y delicadas que parecían tener vida propia, ha intentado escribir el nombre fatídico.

He visto la cara de sorpresa al principio, después de puro pánico y al final ha arrojado con rabia el papel contra la pared.

Hemos cruzado nuestras miradas sobre el escritorio y se ha encogido de hombros.

En realidad, si lo piensas bien, quizás no sea tan extraño. Ha añadido después de un rato pensativo.



el escarabajo rey

Cuando el escarabajo rey llega a la pubertad toma una decisión irrevocable: debe elegir una flor que, en un acto de amor sin fisuras, será la única flor que conocerá en su vida. En ella buscará refugio, de ella comerá y, llegado el momento, en ella morirá.

El primer paso es recorrer el territorio para buscar a su elegida. Con extremo cuidado medirá el grosor de cada tallo, la rugosidad de la corteza o el amargo sabor de su savia. La búsqueda comienza con la llegada de la primavera y el suelo se convierte en un pequeño volcán en plena ebullición de coleópteros frenéticos que intentan encontrar al mejor ejemplar en una lucha contra el tiempo. Si tardan mucho en hacerlo pueden quedarse sin nada, lo que supone una condena a muerte. Si deciden demasiado rápido pueden no elegir con sabiduría. Ellos aún no lo saben, pero la realidad es que no hay forma de acertar.

Una vez tomada la decisión el escarabajo rey deposita en la base de la planta los huevos que, con algo de suerte, serán fecundados por alguna de las hembras que hasta el momento se han movido en los bordes del territorio, ajenas por completo al ritual.

Finalizada la puesta el escarabajo mirará con cierta nostalgia su hogar por última vez y comenzará la escalada.

Es un esfuerzo titánico que puede llevar casi un día, pero el pequeño insecto no desfallece hasta lograr llegar a lo alto de la flor elegida. Darse la vuelta derrotado no es una opción válida: una vez depositados los huevos se han convertido en menos que nada para el resto del enjambre.

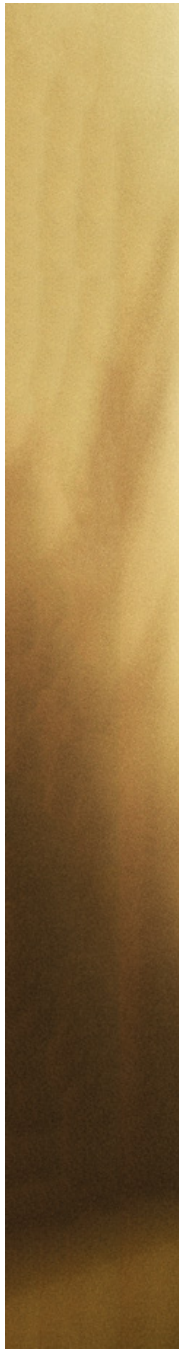
Una vez en lo alto todos y cada uno de los escarabajos abren sus caparazones emitiendo al unísono un sonido que es perfectamente audible y que se propaga como un pequeño temblor por el prado. Es un grito de victoria al comprobar las magníficas vistas que tienen desde su nuevo hogar. Desde allí arriba miran con desprecio y agitan sus antenas con desaprobación ante las pobres elecciones de sus compañeros. La suya es la mejor flor de todas, la más recia, la más olorosa.

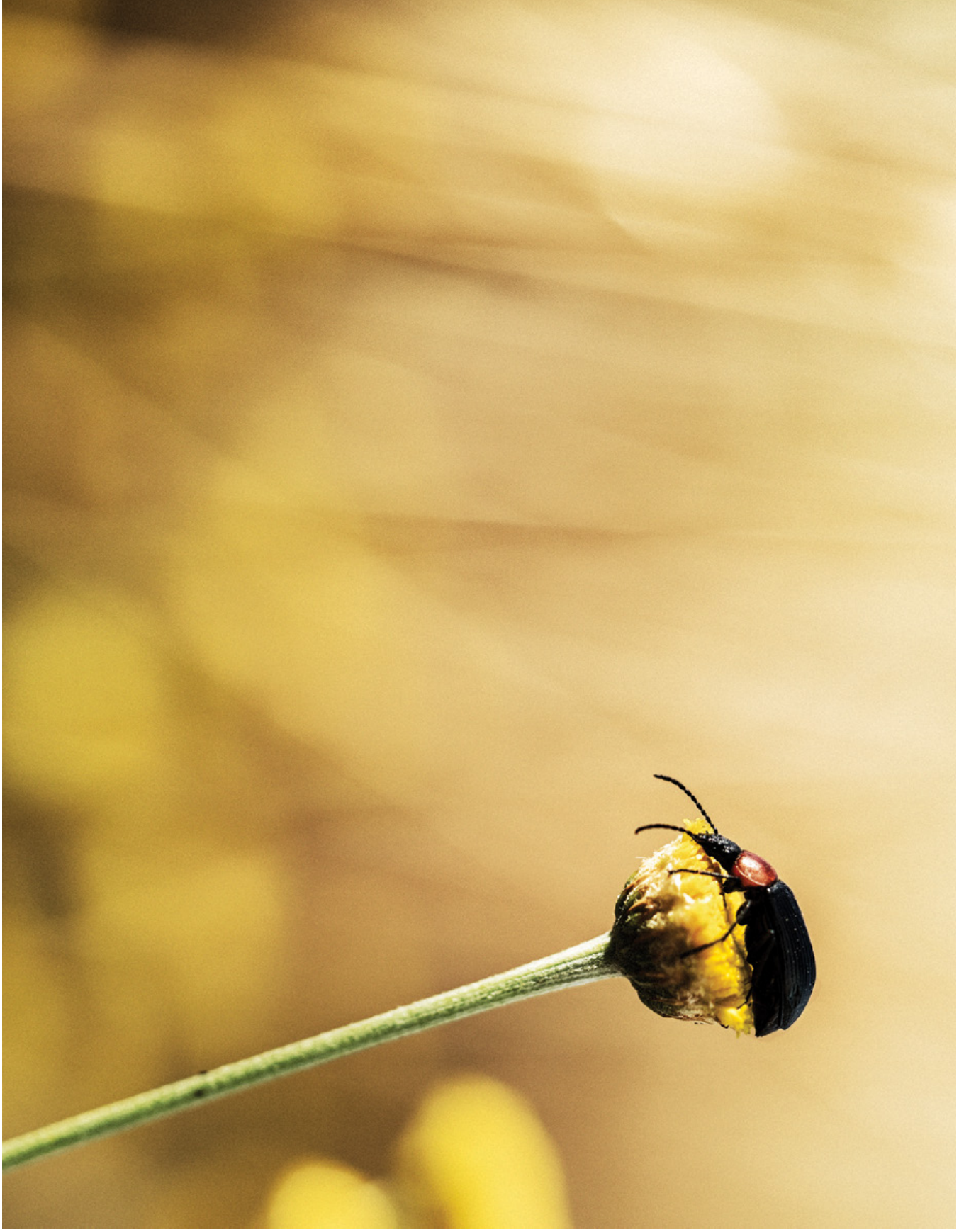
De alguna forma todos son felices en la soledad de sus almenas.

Es complicado calcular cuanto pueden aguantar allí arriba. A veces llegan tormentas traicioneras y deben correr a refugiarse bajo las hojas. Otras, un frío atroz congela a los infelices bichos que caen tiesos desde las alturas sin entender nada de lo ocurrido.

Poco a poco, con el paso de los meses, las flores van muriendo y los insectos con ellas. En algún momento sólo quedará uno de ellos, el último ejemplar de todos los que subieron. Desde ahí arriba se asomará una última vez a lo alto de su amada y se sentirá extasiado al comprobar que la suya es la mejor flor de todas, la única superviviente.

Orgulloso de su pequeña hazaña abrirá su coraza una última vez y sentirá como se le rompe el pequeño caparazón al no poder albergar tanta felicidad. Es un ataque al corazón, y mientras cae de nuevo a tierra mirará por última vez a su querida flor y pensará que no puede quejarse de nada, que ha tenido una buena vida.



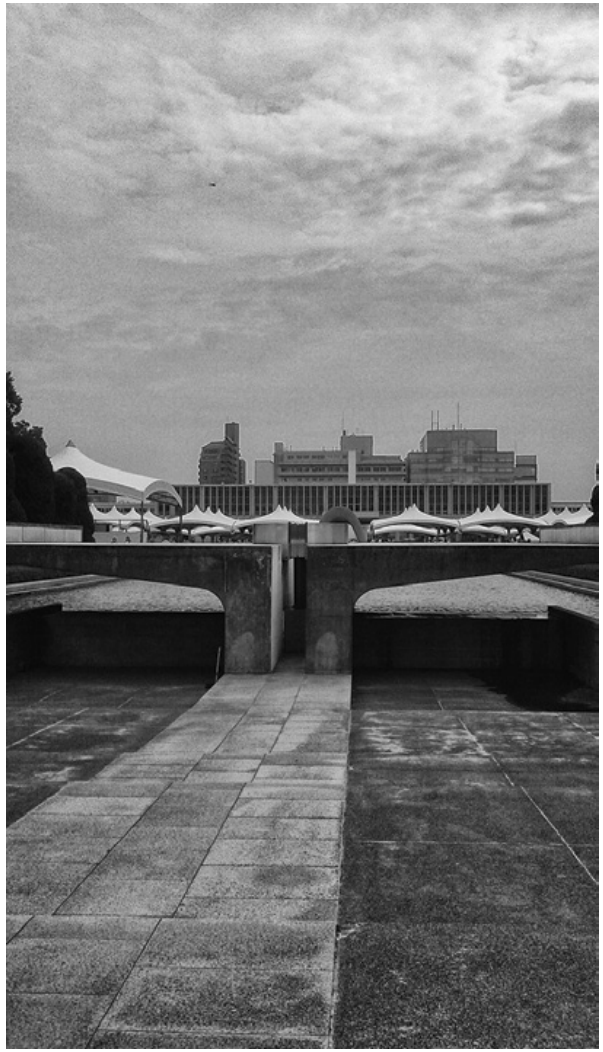


última parada: Japón

Me fui a Japón para no hablar con nadie, para no ver a nadie, para dejar de sentir todo lo que estaba sintiendo. Me fui a Japón para morir. Llegar al término de mi vida. Sin más. Y, ocurrió que, nuevas y refinadas maneras de sufrir se revelaron ante mí, sí. Pero... también descubrí que, desde la cuerda floja, se divisan hermosos paisajes que jamás divisarán los que siempre pisan tierra firme.

Una mañana aterricé en el aeropuerto de Narita. Me podía haber ocurrido cualquier otra cosa. Son tantas las cosas que pueden salir mal un día cualquiera... hipoxia, infarto, rotura de cadera, aneurisma aórtico. A mí me ocurrió que tomé un vuelo a Tokyo. Durante aquellos primeros días, no fui capaz de memorizar casi ningún nombre de los lugares que visitaba. Tomaba trenes y metros sin orden ni concierto. Me subía a un vagón en la estación más cercana y bajaba donde me apetecía, donde no bajaba nadie o donde bajaba todo el mundo, según mi estado de ánimo en ese momento. Me perdía para volver a la que fue mi casa aquellos días. Tuve que escribir en un ticket del dutyfree el nombre del distrito, Shibuya, por temor a ni siquiera recordar dónde tenía que volver. Tardaba horas en llegar caminando desde cualquier lugar que se me antojaba cerca, dos o tres paradas de metro, me decía, que luego se traducían en calles y avenidas que no recordaba haber transitado desde que llegué. Era exactamente lo que buscaba. Deshacer todo lo hecho. Divagar. No tener expectativas. No esperar nada. Dejar el saldo de mi cuenta vital a cero. Perder, definitivamente, todo. Eso era lo que quería.

La primera noche en Japón me movía como uno de esos insectos que revolotean casi de manera hipnótica hacia la luz. En Tokyo es fácil. Los neones de colores guiaban mis pasos de un lugar a otro. No parecía que se fuesen a apagar nunca. Ni que yo me fuese a cansar de caminar. Cené por la calle un poco de arroz hervido y una de las cervezas que compré en mi primera y tímida incursión en el exótico mundo “supermercado



japonés". Lo comí mientras seguía caminando entre hombres vestidos con pantalón y camisa, y mujeres con falda por debajo de la rodilla y medio tacón. Ese parecía el uniforme oficial. Eran los señores y señoras de la fábrica del pantalón y la camisa. Más tarde aprendí que nunca me mirarían a los ojos. Que nunca me mirarían. O que nunca me mirarían cuando yo les mirase. Pero eso tampoco me importaba. Había venido aquí a morir. No quería espectadores.

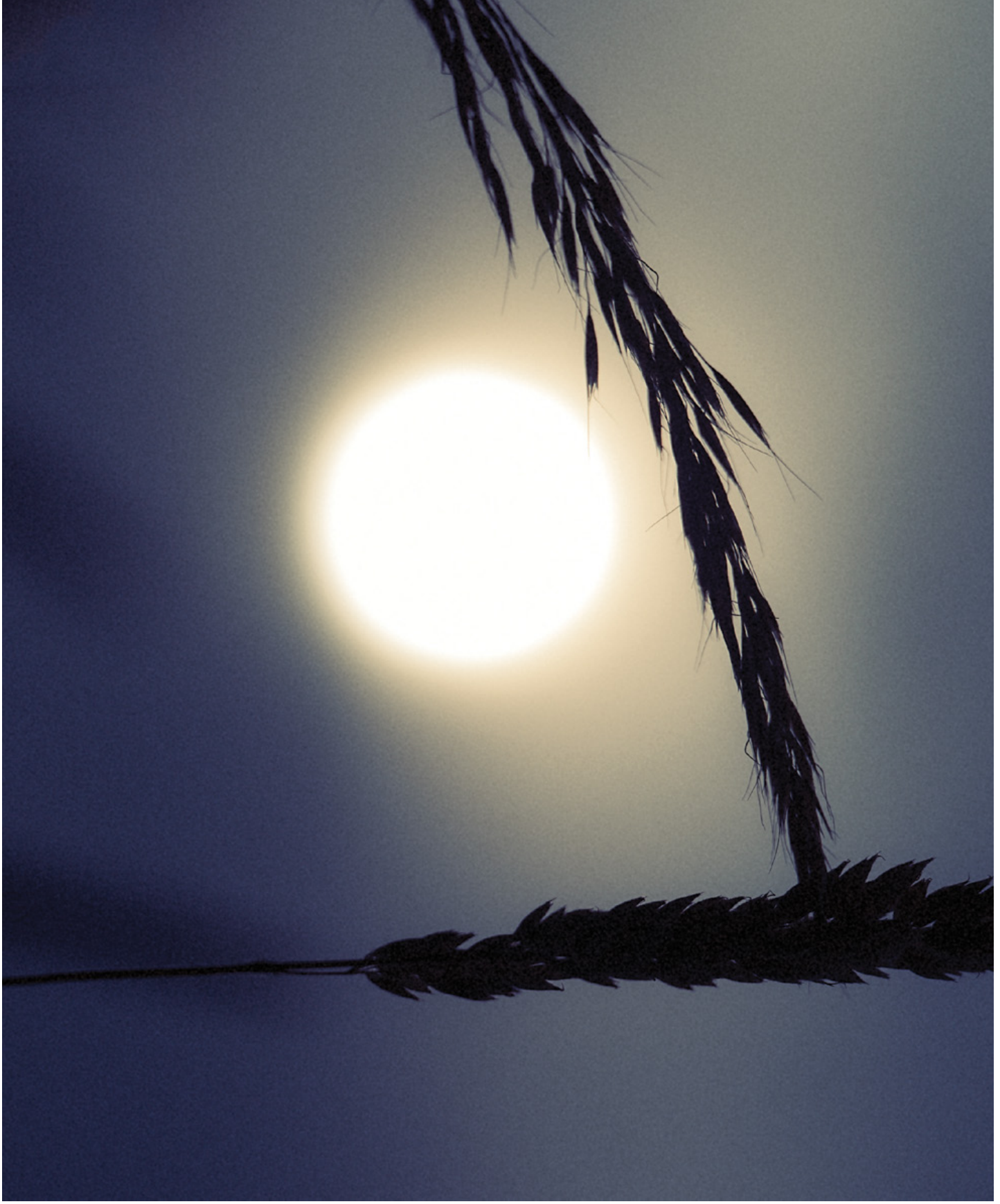
Aquella primera noche, cuando por fin llegué a casa, una zona de viviendas bajas, unifamiliares, en comparación a las moles de edificios que rodeaban aquel barrio, me descalcé y me senté sobré la cama. Me di cuenta de que tenía balcón. No había podido fumar hasta entonces más que un pitillo a escondidas, detrás de una columna, a la entrada de una estación de metro. No tenía miedo de que me multasen pero, lo que yo quería era morir, no ser retenida tres semanas en un calabozo nipón sin derecho a un abogado por fumar en la calle. Una cosa es morir y otra hacer el gilipollas. Descubrir el balcón del apartamento fue como una caricia suave, un halago para quien no los quiere pero, tampoco le vienen mal. Caí en la cuenta de que todas las casas de mi vida, habían tenido balcón. Aquella noche me bebí dos cervezas de las que había comprado en el supermercado y me fumé casi medio paquete de tabaco sentada en aquel balcón con vistas al skyline de Tokyo (más tarde supe que, una de aquellas bestias pardas era el mismísimo ayuntamiento... y yo emborrachándome ante él, con dos cojones). Las palabras de H. continuaban resonando en mi cabeza. Aquello de Nietzsche sobre el alto potencial liberador del desamor. Sorbí los dos últimos tragos de mi Sapporo, me cagué en H. y en su puta madre y por un rato, después de muchos días, seguí sin ser feliz pero, me quedé más Nietzsche que larga. No iba a echarme atrás. Tenía un plan pero, aquella noche en aquel balcón en Shibuya, en Tokyo, en el quinto coño del mundo, me reconcilié, durante un par de horas, con la vida.

el año del mono

La primera mañana de mi estancia en Japón empecé a encontrarle sentido a aquello del Imperio del Sol naciente. A las 6 a.m., un certero rayo de sol apuntaba, cual experimentado francotirador, a la parte de la almohada que ocupaba mi cabeza. Eché de menos una cortina raída, un estor viejo, un trapo sucio, incluso lleno de mierda me habría servido, que poder correr sobre los ventanales del balcón y que me permitiese alargar un poco mis cuatro exiguas horas de sueño. Morir sí pero, morir de sueño me parecía cualquier cosa menos aceptable. En aquel microapartamento que alquilé no había nada, salvo un balcón muy luminoso. Me rendí. Qué podía hacer. Después de un par de horas intentando reconducir aquella situación absurda, me rendí. Me duché, remoloneé por entre los armarios del apartamento, cotilleé por los rincones de aquellos 20 metros cuadrados, me fumé un par de cigarros y salí a la calle.

Tomar un café en Japón tampoco es fácil. Es decir, tomar un café sí es fácil, tan fácil como en cualquier otro lugar del mundo. Basta con saber sostener una taza, llevarla a la boca y sorber. Me refiero a tomar un café en condiciones. Un café de verdad. Un café con sabor a café, de los que te entran en vena y te van abriendo los ojos al nuevo día. Llegué al primer café pasadas las 10 a.m. Lo escogí precisamente por no tratarse de una gran cafetería de alguna de esas cadenas que están por todo el mundo. Un café pequeño y coqueto, regentado por dos ancianos y una muchacha. Un lugar bonito, donde dos señores de la fábrica del pantalón y la camisa parecían estar comiendo más que desayunando. Efectivamente, así era y así sería durante el resto de días de mi estancia en Japón. Cuando los nipones desayunaban, yo estaba a punto de acostarme. Cuando ellos comían, a mi me apetecía desayunar. Y a la hora de su cena, o incluso más tarde, mi estómago pedía almuerzo. Sincronización desde el minuto uno. Pero a lo que iba. Al café. O a lo que nunca lo fue. Esa especie de aguachirri de color marrón barro. El segundo día comprendí que daba igual que lo pidiese doble o extra fuerte. En cualquier caso sería o doble dosis de lo mismo o, en el caso de "extra fuete", un eufemismo de "te vas a tomar el aguachirri sí o sí porque en Japón nos sale del toto que así sea". Y, lo cierto es que, morir sin haber degustado antes el último, uno de aquellos cafés de cafetera italiana, deslizándose lento y amargo por mi garganta, entretejiéndose a lo largo de mi tráquea con el humo de un pitillo... no sé, eso no era lo que yo tenía previsto antes de morir. Podía seguir buscando. Tenía aún tiempo pero... la cosa no pintaba nada bien. Aquellos ancianos y la muchacha me atendieron con la delicadeza y la entrega propia de un nipón de pura cepa. Eso sí, sirviéndonos del infravalorado lenguaje de signos porque yo, ni papa de japonés y ellos, por supuesto, lo mismo con el español o el inglés. Empecé a barajar entonces la posibilidad de morir de inanición. A poco que dejase de esforzarme por gesticular e interpretar, resultaría bastante verosímil morir de hambre en un par de semanas...

Nunca he sabido fracasar ¿Alguien sabe hacerlo? Yo aprendí aquí. Bueno... tampoco nos pongamos demasiado intensos. Aprendí a fracasar un poco mejor. No a hacerlo con más entereza pero sí con más disimulo. Me refiero a encajar el fracaso en su lugar oportuno, valorándolo exactamente como lo que es, una posibilidad más de entre otras igual de validas o de detestables. Pero, eso sí, con unas consecuencias. Si fracasas en el trabajo, te suicidas. Si tu jefe te reprende, te suicidas. Si tus padres se han dejado la vida para pagar una universidad carísima en la que tú tenías que encontrar a un tipo que te mantuviese como merecías, o creías merecer y... no lo consigues, sé consecuente, suicídate. O no lo hagas, tú verás. Pero tu pueblo, alma de cántaro, lleva siglos perfeccionando la técnica del suicidio cuando la cosa se pone fea. Sus motivos nunca serían los mios. O sí. Entendí, en cualquier caso que, el fracaso, como la felicidad, es una cuestión de puntos de vista. Y no creas, me llevó lo suyo.



sin noticias de Koyasan

Ya llevaba varios días en Tokyo cuando de manera, aparentemente repentina e inconsciente, se me ocurrió que Japón es muy grande y los destinos de su línea ferroviaria, inescrutables. Mi final, el final, podía encontrarlo en cualquier otro lugar del islote. Una mañana de esas en las que el puto sol naciente se empeñaba en hacerme abrir los ojos a las 6 a.m., decidí tomar un tren a cualquier otra parte. Me subí al primer Shinkansen para el que encontré billete (los bárbaros occidentales lo llamamos tren bala, no por su velocidad sino porque... lo carga el diablo. Eso también lo supe después). Viajé dos horas y media hasta Kyoto, al lado de una señora, la única, parece ser, que no miraba obstinadamente su teléfono móvil o que no se dormía sin reparos sobre el hombro del ocupante del asiento de al lado, que es lo más habitual en trenes y metros , y que se empecinaba en practicar conmigo su oxidado inglés. Luego, ya en Kyoto, cogí un metro seguido de otro tren hacia el sur, dirección Koyasan. Lo cierto es que, más que por mi interés en el lugar, uno de los principales centros budistas del país, tomé aquel tren porque estaba allí en el momento en que yo llegué y me gustó el nombre de la línea: loop line. También porque un montón de bárbaros occidentales se subían a él, cargados con sus enormes maletas y mochilas. A veces, casi siempre, el destino tiene que dar muchas vueltas para llegar a cualquier parte.

Los asientos de este tren se disponían exactamente igual que los de cualquier metro de cualquier ciudad del mundo: unos frente a otros. La maquinaria se puso en marcha y comenzó una ascensión a través de un paisaje rural, montañoso. No habría transcurrido ni media hora cuando, en unas de las paradas, subió una pareja un tanto peculiar. Ella tendría sesenta o setenta años y él, al que yo endosé el papel de hijo, unos cuarenta o cuarenta y cinco. Se sentaron frente a mi y, automáticamente dejé de prestar atención al paisaje para centrarme en ellos. Que eran del Japón rural, estaba claro por su aspecto. Que venían de hacer un par de compras, también. Que ella llevaba los pantalones en casa, meridiano. La media sonrisa de él era sobrecogedora, quizá aún más al quedar enmarcada en el conjunto del rostro de un tipo entre dos y tres veces más grande que la media de japoneses con los que yo me había encontrado. Una media sonrisa entre la bondad más delirante y la estupidez más absoluta. Una media sonrisa que mostraba tímida e ininterrumpidamente una dentadura que pedía, desde hacía años, una ortodoncia urgente. Pero eso sí, hipnótica como un incendio en mitad de una noche de diciembre. En un momento dado, una señora se sentó al lado del chico y, no recuerdo cómo, entabló conversación con la que yo estaba convencida que era su madre. Él quedó en medio de ambas, sonriendo, en silencio, mirando el reloj cada cinco segundos y asintiendo acusada y sistemáticamente a cada una de las frases que pronunciaba su madre. Era como el hombre orquesta. Hacía todo eso al mismo tiempo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando comprobé, perpleja, que asentía de la misma manera a las instrucciones y los avisos que emitía la megafonía del tren, o a las variaciones del paisaje o a los buenos días de un nuevo pasajero o a una mosca que pasaba frente a él. A este señor todo le parece bien, pensé. Este nunca se va a suicidar. O sí. Cuando se agote de sonreír y asentir. Me acordé de H., en la otra parte del mundo. Tan distinto y tan parecido. Los bobos se reparten, decía mi madre. ..así, el mundo se equilibra y no se cae.

Ellos bajaron. Yo continué con mi viaje a Koyasan una hora más. La gente subía y bajaba. La mía era la última parada. O eso creía yo. Al cabo de tres horas, el tren llegó a destino. Me apeé con ganas de estirar las piernas y de adentrarme en el recogimiento de aquel lugar tan místico. Bajé, me enfundé las gafas de sol, miré a derecha e izquierda y comprobé, estupefacta, que me encontraba en el mismo lugar en el que tres horas antes había tomado aquella maldita línea circular. Su puta madre. Permanecí inmóvil unos segundos, al cabo de los cuales, una media sonrisa, a caballo entre la condescendencia (hacia mi misma) y la estupidez más absoluta, se dibujó en mis labios. Y asentí, claro. Loop line. Recuerda ese nombre, me dije. Cuando uno mete la pata, lo menos que puede hacer es recordarlo siempre. Para repetir el mismo error las veces que haga falta.

not onsen, no life

Ya contaba por semanas los días que llevaba sola en Japón. No sé si las cosas iban bien o mal pero, sí es cierto que empezaba a olvidar. Al menos, ya no me acordaba de los detalles. Quizá me había equivocado en algún punto del manual de instrucciones para construir un abismo. El paso número uno era no hacer nada. El segundo, insistir. Necesitaba a toda costa de ese abismo y, no sé, cada día se difuminaba un poco más, se me acababan los pretextos e iba creciendo mi incertidumbre. Si algo sabía a estas alturas es que, lo que da realmente miedo es no tener de dónde saltar y yo... no acababa de encontrar mi precipicio. Hacía pocos días que había llegado a Kyoto de nuevo. Me hospedaba en un antiguo bar, hanaco café, rehabilitado para ser vivienda. Lo de rehabilitado no deja de ser un eufemismo bastante generoso para describir aquel inefable lugar de dos plantas. En la planta baja, el bar continuaba tal cual, con su barra, su aseo y su mesa para la clientela. Y en la planta de arriba, a la que se accedía tras jugártelo todo a susto o muerto en el ascenso por una angosta escalera con un desnivel del cuarenta por ciento, el dormitorio y una surrealista ducha en mitad del mismo. Sí, justo en medio. Lo cierto es que la visión de aquella escalera fue lo más parecido a encontrar un trébol de cuatro hojas en mitad del desierto. Quizá no me salvase, quizá nunca me rompiese el cuello intentando bajarla con cinco cervezas en el cuerpo, quizás pero... me devolvía la esperanza de que, en el peor de los casos, siempre me quedaría hanaco y su escalera.

En Kyoto el calor y la humedad eran insufribles. Aún más que en Tokyo. Una tarde, tras pasar el día vagabundeando por templos y lugares repletos de toris, con la camiseta empapada de sudor y la vigésima Sapporo en la mano, mis pasos me llevaron hasta la puerta de entrada a un onsen. Necesitaba con urgencia descansar, hidratarme, refrescarme. Necesitaba entrar. Y entré. En la recepción, un señor me facilitó una toalla minúscula, para lavarme las manos supuse, un botecito de jabón, para lo mismo, claro, y pocas instrucciones más. Al fondo a la derecha, me indicó con gestos. Y allá que fui. Arrogante y decidida. O todo lo arrogante y decidida que una bárbara occidental puede ir después de haberse hidratado todo el día con cerveza y sosteniendo aquellos minúsculos utensilios de baño. Seguí las flechas dibujadas en el suelo. Que los caminos de lo inevitable están perfectamente trazados, lo recordé una hora después, ya camino de la calle.

Llegué a unos vestuarios. Me habían dado una llave para la taquilla y, como no llevaba bañador, supuse que podría bañarme, al menos, con las bragas. Todas las mujeres que veía eran asiáticas. Todas desnudas. Menos una. Caucásica. Me acerqué tímidamente y me dirigí a ella en inglés. Tuve suerte. Me aclaró, muy seria ella, que a la zona de las piscinas se accedía sin ropa. Asentí. Le habría preguntado si, al menos, podía utilizar mis chanclas pero, aquella señora, áspera como buena alemana, tampoco parecía predispuesta a que yo la tomase por un tutorial acerca del uso de los onsen de manera que, procedí a desnudarme y me dirigí a las piscinas, siguiendo a una nipona a la que la naturaleza y la ley de la gravedad estaban tratando con una crueldad inusitada. Ella sería mi ejemplo. Lo que ella haga, hago yo, me dije.

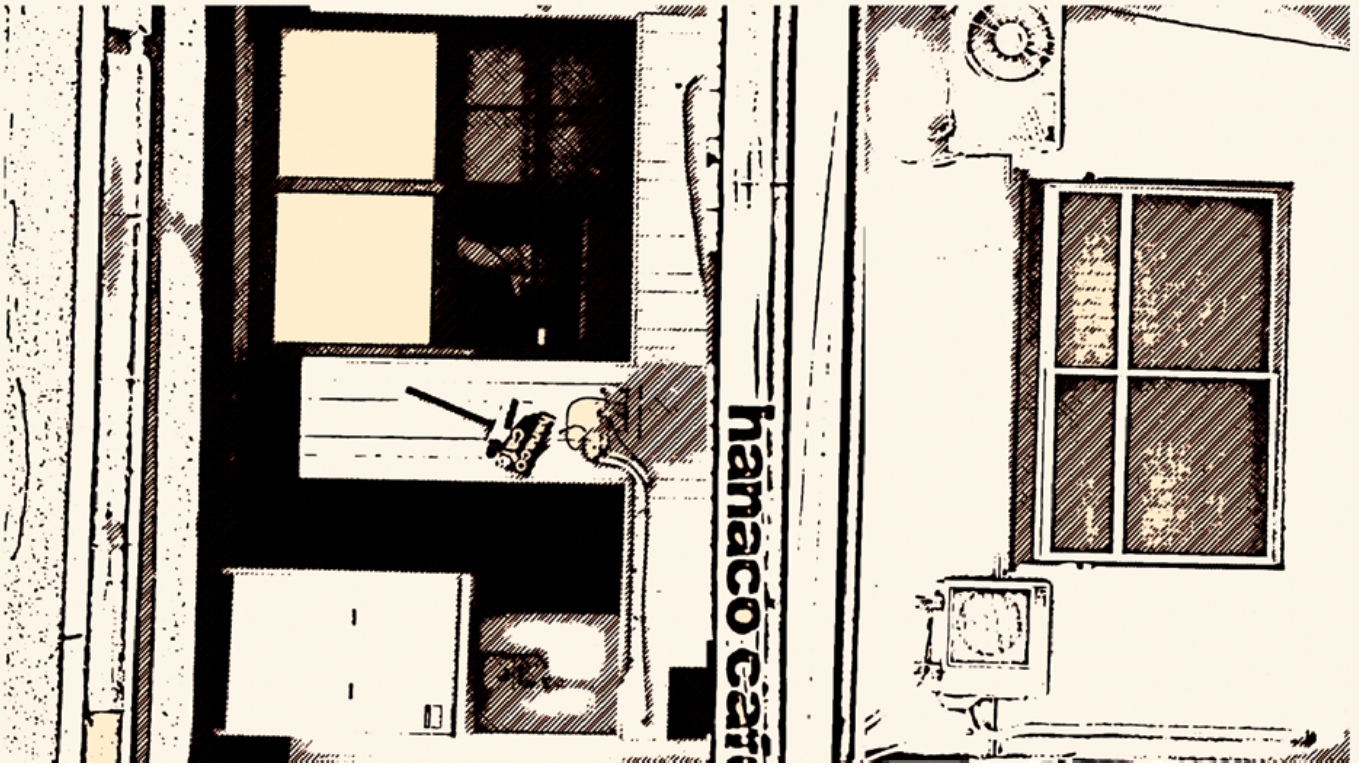
Aquella mujer se dirigió a un grifo, de los muchos que habían en las paredes. Cogió un cubo de plástico, lo colocó al revés y se sentó frente al chorro de agua, con su botecito para lavarse el pelo y la piel. Yo estaba estupefacta. Acababa de sentarse, desnuda, en un lugar del que se acababa de levantar otra persona, también desnuda. Y antes de aquella se habría levantado otra. Y otra. Y otra. Y en aquel impasse, nadie, absolutamente nadie, había desinfectado la zona en la que todas ellas colocaban sus posaderas. Yo tenía una lista enorme de cosas por no hacer. Entre ellas, sentarme en uno de aquellos cubos. Morir sí. Morir de una infección, no, nunca. Me coloqué en el grifo de al lado de mi modelo a seguir, aparté el cubo e hinqué las rodillas en el suelo, asegurándome antes de que no había rastro alguno de pelo humano. Iba ya a enjabonarme cuando, aquella mujer, con gesto sorprendido y apuntando con el dedo índice al cubo que yo había apartado, me trató de hacer saber que el onsem tiene su ritual y yo me estaba pasando el protocolo por el mismísimo onsem. Yo me acordé de H. y de su

consejo haiku “ si no te interesa, cambia de tema o lárgate” Así que me levanté y me largué en dirección a una de las cinco piscinas. La primera era de agua tibia, agradable. La tercera en la frente. Que no era cuestión de caber sino de encajar, como todo en la vida, lo supe cuando me zambullí completamente en el agua para perplejidad de mis compis de habitáculo. Caber, cabía pero... no encajaba. Me lo dijeron sus turbias miradas. Porque eso sí. Dar, no daba una, pero observaba mucho. Veía que la gente entraba y salía de unas piscinas a otras y yo quería hacerlo bien, de verdad, de manera que, intentado comportarme como una japonesa auténtica, seguí su ejemplo. La cuarta, en el pecho, ignorando que, igual que a cualquier maleta siempre le cabe una camiseta más, en cualquier onsem, siempre hay una siguiente piscina con el agua más, mucho más caliente. Aún así, me metí. Si aquellas niponas sin depilar podían, yo con mi cuerpo esbelto y depilado, también. O no. Esa piscina emanaba un humillo sospechoso que cargaba aún más la atmósfera húmeda del lugar. Esto está caliente, pensé, y yo no soporto el agua caliente pero, bueno, mi paso por el onsem ya era un puto circo, aún había lugar para una payasada más. Me metí hasta el cuello e intenté aclimatar mi mente y mi cuerpo a aquel calor insoportable. No sé. Conocéis esas tardes lluviosas de septiembre que de repente traen el invierno. Pues algo así. De pronto empecé a notar como mi cuerpo laxo se escurría por la pared de la piscina poco a poco y un sopor inexplicable se apoderaba de mi. Aquellas cervezas, el calor, la humedad... la tensión, la puta tensión. Comprendí que me estaba bajando la tensión a menos veinte cuando el agua para escaldar animalillos muertos me llegó a las pestañas.

El colmo de la humillación. Ni siquiera fui capaz de escapar de aquel infierno sola. Necesité de la ayuda de una señora que me acompañó a trompicones hasta el chorro de agua fría de la ducha. Su media sonrisa, entre la condescendencia y la reprobación me volvió a recordar a H. y a toda la gente tramposa que te dicen que no te preocupes, que pasan página, pero van dejando esquinitas dobladas por si se tercia volver a echártelo en cara, o se te ocurre regresar a un onsem alguna vez en tu perra vida.

Salí de allí como alma que lleva el diablo. O simplemente como pude, de lado a lado. Me compré un té japonés en el bar de enfrente y me senté en un banco. Para fumar. Para, por primera vez en todo este tiempo, pensar. Porque dicen que pensar es crecer pero... dicen tantas cosas. Pensé. Había bebido. Mucho. Muchos días. Me había mareado. Pensé. Aquel banco me gustaba. Me gustaba el té y, puede que le necesitase hasta para removerlo pero, si hubiese aparecido en ese momento, le habría cortado la cabeza. Eso pensé. Y que sería una putada dejar de ser yo para ser alguien. Quería tocar la guitarra. Y el piano. Y escribir. Pensé que me gustaba agosto. No sé si echaba de menos a H. aún, o a mi con H. Un cocodrilo sin dientes sigue siendo peligroso, y más si viene con hambre. Había cambiado. Pensé. Estaba cambiando. O no. Algunos boomerangs no vuelven. Prefieren la libertad. El color de aquella tarde. El azul mutando a negro. La brisa de despedida de la primera quincena del mes ocho. Pensé en la cafetera que iba a comprar ayer, que hace como diez tipos distintos de café, y al final compré dos, para que no me falte de nada en la vida. Y un placebo. También pensé en eso. Todo iba a ir bien. Sonreía. Estaba sonriendo. Pensé que me iban a echar del país. No sé exactamente en qué orden ocurrieron estas dos últimas cosas. Podía hacer todo lo que me propusiese. Excepto morir joven. Eso no lo estaba consiguiendo. Volví a sonreír. En realidad, estaba bastante bien.

*Mientras tanto, en mi cabeza sonaba estruendosamente “Atómica” y “Una noche sin ti”


hamaco cafe

hay lluvia en mi zapatos

A la salida de la estación llovía a gritos y la gente desplegaba un ejercito de paraguas para intentar conjurar el diluvio. Todos corrían sin dirección y todos eran jirones de un gris sucio recortado contra los neones de los escaparates.

En la parada de taxis salió a recibirme una paloma estampada contra el pavimento y no me hizo falta ni un vistazo a mis bolsillos para saber que había perdido el papel con la dirección.

Miré a la paloma en busca de respuestas, pero era inútil. Estaba muy ocupada con medio cuerpo fundido con el hormigón y las patitas ondeando hacia el cielo intentando en vano volver a despegar. No te esfuerces, le dije, esta ciudad es el peor lugar del mundo para esperar milagros.

Estaba claro que nadie acudiría en nuestro auxilio y a mi alrededor todo empezaba a tener ese aire gastado de premonición, de página ya leída y doblada mil veces en el gran libro del universo.

La lluvia, el tráfico, la muerte en cada esquina como una presencia palpable. Las cosas parecían estar igual que las recordaba en aquella ciudad a la que sólo vuelvo en mis pesadillas más recurrentes.

El discurso del funeral estaba en manos de un chico muy alto y triste con un traje demasiado grande que le hacía parecer torpe y derrotado. Dijeron que era tu hermano, que nos habíamos conocido hace muchos años, que fuimos grandes amigos, los tres. ¿Te lo puedes creer?

Se agolparon todos a mi alrededor para quitarme el aire y no dejaban de repetirme que no habías sufrido nada, que todo había sido un suspiro. Al principio del mismo estabas vivo y al final, ya no. Así de sencillo. Era tanto su empeño, tan fingidas sus toses apresuradas y sus miradas esquivas que no me quedo ninguna duda que era mentira.

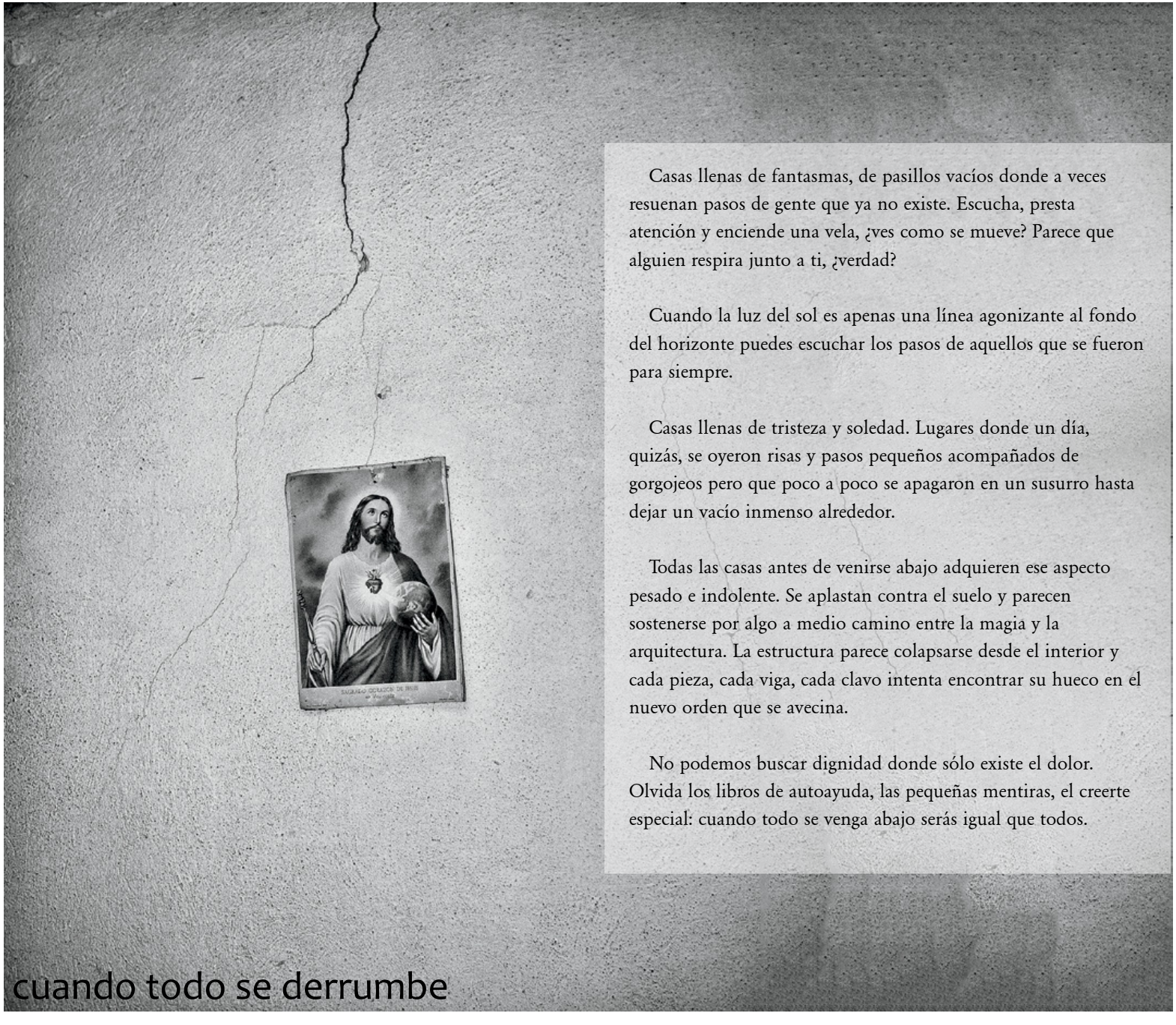
Se me escaparía tu muerte casi tanto como se me había escapado tu vida.

Tu te quedaste, yo me fui. Yo vivo, tu mueres. Me gustaría saber hacer algo con todo eso, un puzzle o un origami, un avión de papel o un libro de instrucciones. Algo asible, que tenga sentido, alguna lógica que sirva para algo, que pueda colocar en una estantería y volver a mirarlo cuando ya lo haya olvidado.

Veo a toda esa gente que has reunido aquí, siento su dolor y su estupefacción y comprendo que de verdad lograste crear algo en este lugar. Algo grande y hermoso que no debería haber muerto contigo.

Y ahora ninguno sabemos como dar un portazo a todo eso, a como enterrarte, a como olvidarte.

Me gustaría saber hacer algo útil con todo este dolor.



cuando todo se derrumbe

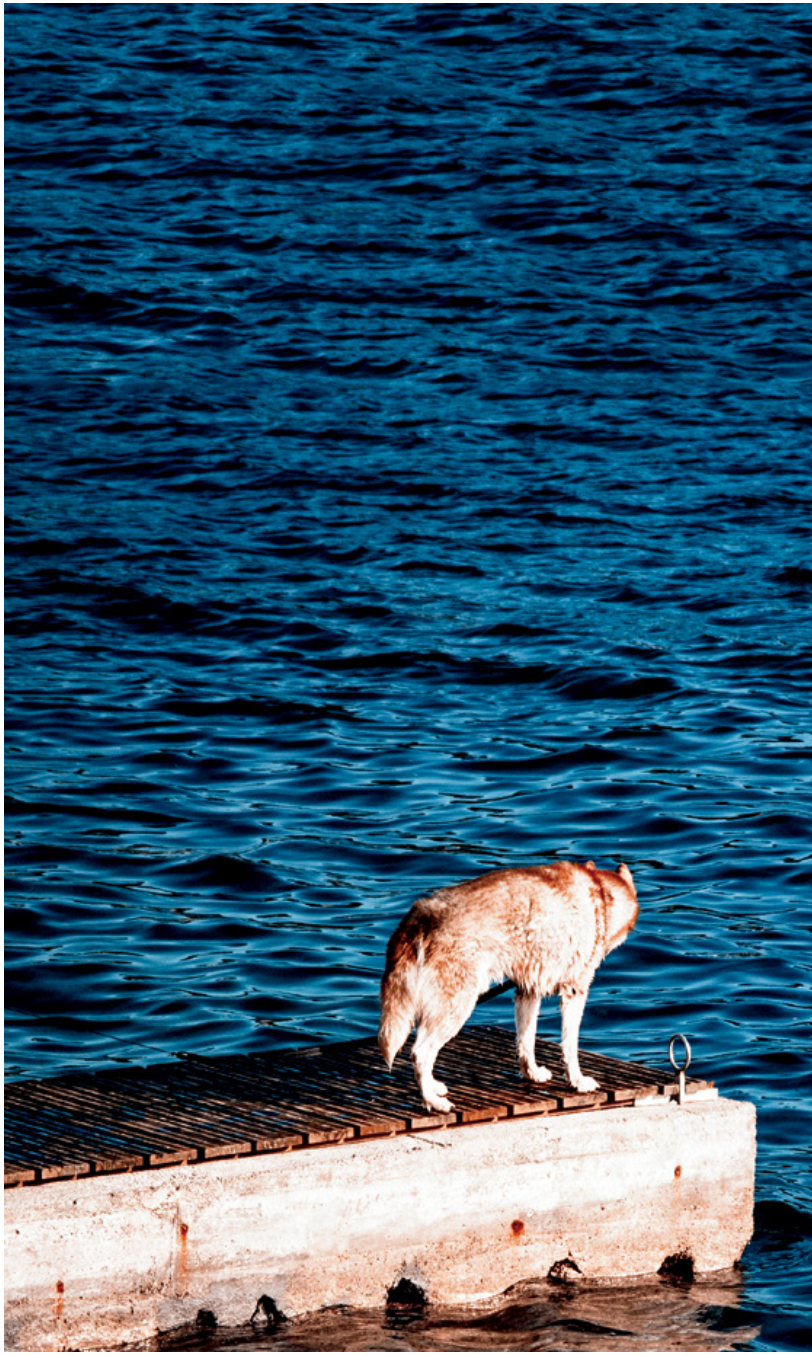
Casas llenas de fantasmas, de pasillos vacíos donde a veces resuenan pasos de gente que ya no existe. Escucha, presta atención y enciende una vela, ¿ves como se mueve? Parece que alguien respira junto a ti, ¿verdad?

Cuando la luz del sol es apenas una línea agonizante al fondo del horizonte puedes escuchar los pasos de aquellos que se fueron para siempre.

Casas llenas de tristeza y soledad. Lugares donde un día, quizás, se oyeron risas y pasos pequeños acompañados de gorgojeos pero que poco a poco se apagaron en un susurro hasta dejar un vacío inmenso alrededor.

Todas las casas antes de venirse abajo adquieren ese aspecto pesado e indolente. Se aplastan contra el suelo y parecen sostenerse por algo a medio camino entre la magia y la arquitectura. La estructura parece colapsarse desde el interior y cada pieza, cada viga, cada clavo intenta encontrar su hueco en el nuevo orden que se avecina.

No podemos buscar dignidad donde sólo existe el dolor. Olvida los libros de autoayuda, las pequeñas mentiras, el creerte especial: cuando todo se venga abajo serás igual que todos.



Azul

Azul. O la importancia de una miniatura. Nos veremos pronto. Llámame. Y el invierno entrando sin llamar. Y la calefacción estropeada. Cero grados en la calle. Cero ganas de contarte mis tragedias personales. Y nadie en una cama para dos demasiado grande. Y el teléfono que insiste en llamar. Y yo que insisto en no descolgarlo si no es para asfixiar con el cable a quien llama. Y el billete de avión sobre la mesa. Y un taxi que espera abajo. Y la certeza de que las deudas pendientes son las únicas que aterrizan con puntualidad. Y los fantasmas en el armario, junto al abrigo beige, preparados para viajar de polizones en mis zapatos. Azul. O la importancia de un gesto pequeño pequeño. Me repito al oído palabras que no tranquilizan. Son las únicas que tengo. Azul Azul Azul . Apago las luces del árbol y me pregunto si allí será navidad y me respondo que me importa un carajo. Cierro todas las ventanas. Y mientras bajo las escaleras, voy jugándome a los chinos el orden en que iré lanzando por la ventanilla del avión cada una de las siete vidas que el tiempo me reservó.

causas y efectos

Cada noche, justo antes de dormirme, veo dos orejas picudas asomando a los pies de la cama. En cuanto apago la luz y me incorporo para dormir el felino da un salto, se mete entre las sábanas y empieza a ronronear mientras empuja mi costado con las patas delanteras.

He mirado en Internet para encontrar la clave de ese comportamiento pero nadie parece saber el motivo exacto. O más bien, hay tantos motivos que es imposible adivinar lo que pasa por su peluda cabeza. Sospecho que tiene algo que ver con la comida. Todo lo que hace este puñetero gato termina relacionado de alguna forma con la comida.

Aunque no veo ninguna veneración hacia mi persona creo que de alguna forma el micho me ve como una especie de enorme mamífero, torpe y estúpido, cierto, pero dueño de una magia primitiva capaz de hacer brotar la comida del fondo de un armario o de sacar agua de donde no había nada.

Mi teoría es que el gato se comporta de una manera muy parecida a como debieron hacerlo los hombres primitivos cuando miraban al cielo con ojos llorosos buscando un atisbo de piedad y al día siguiente una lluvia hacia crecer las cosechas. Si golpeas al humano con las patas y ronroneas, al día siguiente aparece comida en tu cuenco, ¿de verdad necesitas saber algo más?

Seguro que parece algo absurdo a poco que lo pienses, un ritual sin sentido y hasta un poco denigrante, pero es mejor no arriesgarse a enfadar a deidades torpes y estúpidas con extraños poderes.

No, es mejor no tentar tu suerte ni hacerse demasiadas preguntas cuando las cosas parecen venirte de cara.

Llevo veinte años oyendo el zumbido de los halógenos cada día en la oficina, enterrado entre montañas de papeles en una rutina absurda y embrutecedora y a final de mes los generosos amos hacen brotar dinero en mi cuenta bancaria. Quizás si dejase de venir y me quedase amodorrado junto al gato lo seguirían ingresando sin hacer preguntas pero no tengo forma de averiguarlo.

Para encontrar respuestas habría que correr un riesgo y no hemos sido educados para conjugar el verbo arriesgar en ninguna de sus formas. Hemos trazado trincheras en nuestros pequeños lugares de trabajo y no queremos saber nada del mundo exterior. No sabríamos vivir fuera de ellos.

Mi cubículo tiene un puñado de fotos del gato y una entrada de teatro para una función a la que nunca fui. Unos centímetros a la derecha, el espacio vital de mi compañera se va llenando con imágenes de playas y paisajes que parecen idénticos e intercambiables entre sí.

Se acerca el Verano, me dice con un entusiasmo un tanto infantil a modo de explicación.

Nuestras fotos, nuestros trabajos, nuestros rituales. De alguna forma todos vamos dejando un rastro que nos define y nos persigue a modo de viscosa línea temporal delimitando todo eso que llamamos vida y que tiene más que ver con las cosas perdidas y abandonadas que con las defendidas con tanto esfuerzo.

Mi compañera se asoma y me pregunta si ese gato que aparece en las fotos de la pared es mío. Asiento con la cabeza a modo de respuesta aunque dudo que a ese mamífero en cuestión se le pueda atribuir una pertenencia. Lo encontré al volver del trabajo parado en el portal, al abrir la puerta decidió seguir mis pasos mientras no dejaba de mirarme y moverse alrededor. Subió conmigo, se metió en casa y después de pasearse por cada rincón y asomarse a cada ventana decidió no volver a salir de allí. Así de sencillo.

A la mañana siguiente abrí la puerta de la calle y salió disparado en dirección contraria temeroso de que le mostrase la salida. Cuando volví del trabajo ahí seguía, tumbado en el sofá como si fuesen sus dominios. Al verme recordó lo precario de su situación y vino corriendo a saludar y moverse a mi alrededor, rindiendo así su pequeño tributo para poder tener techo y comida todos los días.

Quizás si dejase de venir a la oficina me seguirían pagando puntualmente. Sólo tendría que venir una vez al mes para frotarme entre las piernas de mi amado jefe...

En días como hoy, ese me parece un plan perfecto.

ni está, ni se le espera

Los cuerpos se amontonan en completo desorden al pie del altar. Algunos bultos son grandes y otros muy pequeños. Muchos tienen los brazos extendidos hacia el altar como si hubiesen intentando conjurar un último y fallido rezo. Casi todos tiene la cara tapada o vuelta contra el suelo, aunque es sencillo distinguir a las mujeres y los niños mirando los pies descalzos.

Ese es, a grandes rasgos, el boceto que componen los cuarenta y tres cadáveres sobre el suelo de la iglesia. La historia que hay tras sus muertes no parece importarle a nadie. Incluso el cristo de mármol que observa la escena desde las alturas lo hace sin especial asombro. Quizás es que ya ha visto todo el dolor, la sangre y la misera que caben en una vida humana. Para ser sinceros, el cristo tiene la misma cara de sufrimiento que tenía justo antes de empezar el tiroteo. La cara de alguien a quien han alicatado a un cacho de madera.

Los hombres que portan los fusiles tosen y bizquean, confusos en medio del humo que deja entrever el cuadro de cuerpos caídos que han compuesto en apenas dos minutos de violencia desatada. Casi ninguno lleva un uniforme completo, son apenas harapos que recuerdan levemente a ropajes del ejército, pero las armas brillan por el aceite y responden con mecánica precisión a los impulsos de sus dueños.

El gigante con barba que parece comandar el grupo agita los brazos ordenando parar los últimos disparos y todos quedan en completo silencio observando la escena. El eco amplifica y distorsiona el goteo incesante de todos los líquidos escapando de esos cuerpos sin vida y en el aire aletea una mezcla de orines, pólvora y descomposición.

El tipo de la barba observa lobuno la escena y se vuelve hacia sus hombres buscando algún signo de flaqueza, un atisbo de compasión intentando asomarse en alguna de esas caras cetrinas y de color cemento que le aguardan en silencio. Todos se cuadran intentando parecer marciales y parecen incluso tragar saliva al unisono.

Satisfecho con el resultado, el tipo se acerca al montón informe de cuerpos y da un par de patadas aquí y allí, a las cabezas y espaldas de los caídos. Sin respuesta. Termina de recorrerlos y se planta con los brazos a la espalda, clavando sus ojillos de rata ante el cristo de mármol en un juego de miradas sin mucho sentido.

Al seguir sin respuestas desde las alturas, decide subirse al púlpito y, vuelto hacia los cuerpos amontonados, abre su bragueta y saca a relucir una picha gorda y rosada. Apunta hacia el montón de cadáveres y deja escapar un generoso chorro de orina que cae sobre ellos elevando pequeñas volutas de polvo y humo.

Alguno de sus hombres, aún firmes, palidece ante aquello e intentan fijar la vista en algún punto muy lejos y muy por encima de esa realidad que ellos mismos han conjurado.

Cuando ha terminado de regar la escena, el tipo, con los pantalones a medio bajar, se vuelve con los brazos abiertos al cristo del altar. Gira su cuerpo a un lado y al otro de la iglesia retando a las vírgenes de límpida mirada y a los santos de espadas flamígeras. ¿Dónde el rayo mortal que fulmine al pecador?, ¿dónde la ceguera que lo arroje del caballo?

Aún sin respuestas. Sólo el sonido de más fluidos goteando incómodos en medio de aquella sala.

Opta por guardarse el miembro del que se cuentan casi tantas batallas bélicas como de su dueño y hace una reverencia hacia sus hombres que ahora sí, ahora aplauden con ganas y se dan palmadas unos a otros, orgullosos de tener algo que contar cuando todo aquello acabe. Porque aún son jóvenes y piensan que todo aquello acabará algún día.

***

Lo has visto todo. No hagas como que no lo has hecho porque estabas escondido. Ese horror era real y ahora ya forma parte de tu vida.

El curita sale de su escondrijo tras un viejo órgano que hace siglos se quedo mudo y se asoma a la barandilla. Allí abajo, los restos masacrados de su rebaño.

¿Qué puede decirse de un pastor que huye cuando su rebaño más lo necesita?. Esa es la pregunta que ahora mismo aúlla en su cabeza.

Cuando vieron llegar los coches muchos corrieron a refugiarse en la iglesia en un gesto ancestral, casi tan viejo como la humanidad. ¿De verdad creían que eso serviría de algo?, mueve la cabeza apesadumbrado, hundido bajo el peso de una realidad de la que es prisionero.

Intenta buscar una explicación a todo ese horror, algo que en el gran orden del Universo otorgue algo de sentido a un acción tan brutal. En vano, por mucho que lo intente apenas recuerda algo de sus clases en el seminario. Lleva años haciendo los mismos sermones que copiaba de un libro abandonado por el anterior cura en la sacristía. Nunca se había hecho grandes preguntas y ahora la única respuesta era ese montón violado y maltratado allí abajo.

Sale de su escondrijo y comprueba que tiene la sotana húmeda de orines y sudor, pero apenas presta atención: sólo piensa en subir a lo más alto de la torre y dejarse caer, morir con su rebaño intentando buscar un poco de dignidad en la derrota.

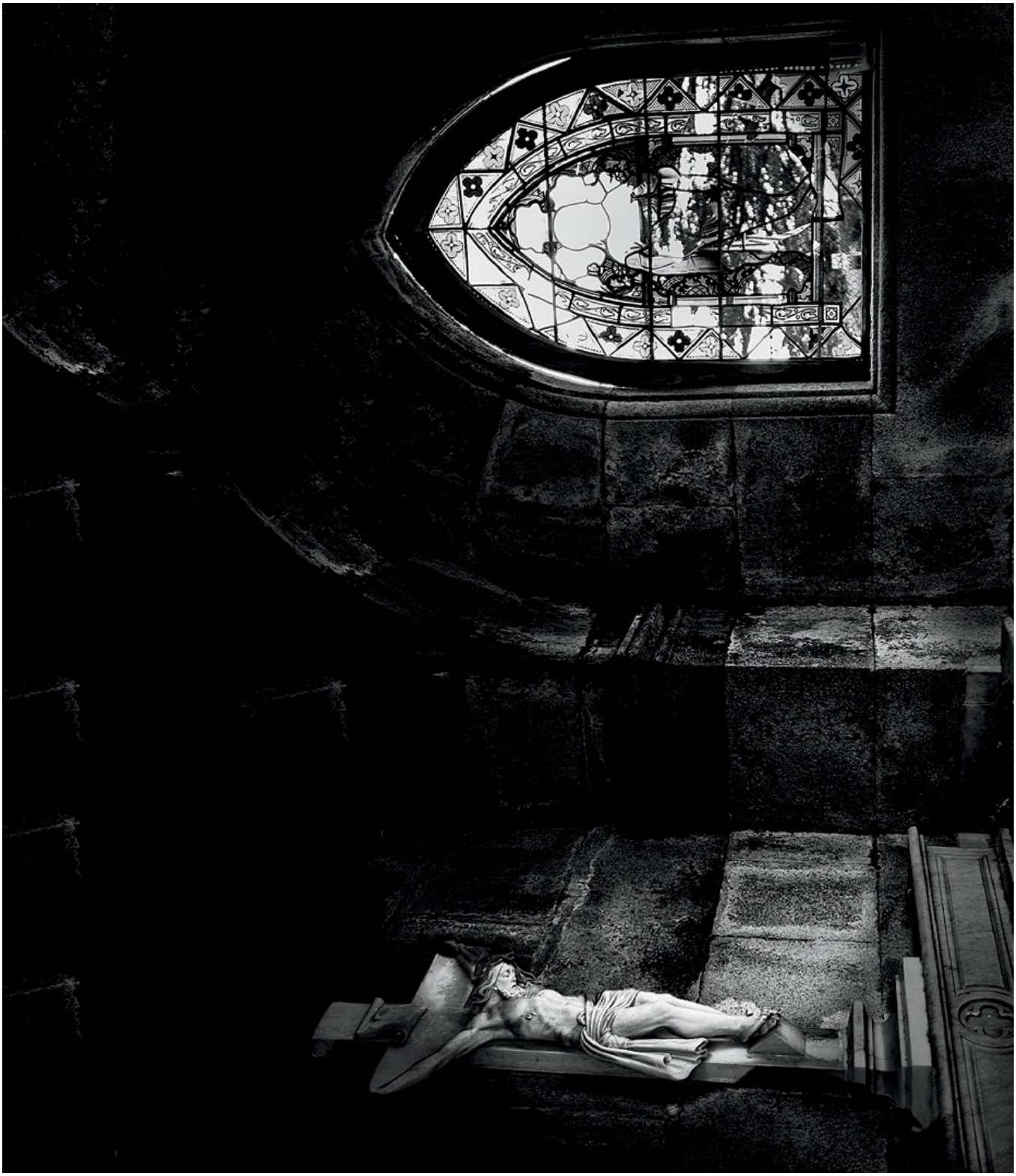
Vuelve a mover la cabeza, eso sólo empeoraría las cosas a los ojos del señor. O quizás no, concluye, es imposible saberlo.

Baja las escaleras y se planta ante el cristo del altar con los puños cerrados de rabia. La figura de las alturas continúa pétrea e indiferente ante su sufrimiento. Piensa, con horror, que le esta retando, adelante, parece decir, di lo que piensas.

Intenta conjurar una última oración para su rebaño, encender una pequeña luz en esa oscuridad inmensa que se cierne sobre ellos, pero se ha quedado vacío, hueco... desnudo. No hay palabras para aplacar semejante horror.

Se arranca el alzacuellos y lo arroja sobre la pila de cadáveres que lo recibe indiferente.

Las respuestas, de existir, se encuentran en otra parte.



El verano del 96 fue raro. Una noche me llevaste a cenar a uno de esos restaurantes caros que tanto te gustaban. O que tanto le gustaban a los tipos de las películas a los que te querías parecer. Pediste por los dos con esa soltura tuya de niño bien que tanto te gustaba sacar a pasear. Yo me dejaba y te seguía el juego despreocupada, aunque no tuviese muy claro si no acabaríamos la noche fregando platos en aquel lugar. Te dije que un día volaría. Aún no sé porqué. Se me ocurrió de repente. Una crisis de trascendencia, supongo. Tú me respondiste que siempre lo habías sabido y me susurraste el estribillo de tu canción preferida *We gotta get out while we're young 'cause tramps like us, baby we were born to run*. No sé si venía a cuento pero, te quedó bien. Muy cinematográfico. Comimos poco. Bebimos tanto como pudimos y salimos de allí como si sobre nuestras cabezas una luz de neón anunciase a los príncipes de Main y futuros reyes de Nueva Inglaterra. Fue raro el verano del 96. Pasábamos el día entero tumbados en la playa sobre una manta de rayas multicolores gigante que habías encontrado en el garaje de tus padres. Bebíamos cerveza sin parar y fumábamos aquel tabaco raro que había traído tu hermano de Tailandia. Cuando el sol ya nos había quemado suficiente, nunca volví a estar tan morena como aquel verano, cogíamos mi coche y conducía. Se trata de llegar donde queramos, te decía. La cuestión es no estar donde los demás quieran que estemos. No sabía muy bien lo que quería decir pero, a ti te encantaba escucharme. Por aquel entonces, los dos éramos muy intensos, o nos gustaba fingir que lo éramos, vete tú a saber. Un verano raro el del 96. Una mañana, como todas las mañanas de aquel verano, fui a buscarte a casa. Conduje hasta la playa. Te hablé del último concierto de Cohen. Te dije que hacía más de un mes que no tenía la regla. Me gusta tu camiseta nueva. Eso te lo dije también. Pero creo que ya no lo escuchaste. Quizá porque sonaba Springsteen en la radio *Yeah just sitting back trying to recapture a little of the glory of, but time slips away and leaves you with nothing mister but boring stories of glory days.*

No hemos vuelto a vernos desde aquella mañana de aquel raro verano del 96. Pero, la realidad, salvajemente prosaica, me recuerda tu existencia cada vez que le veo construir esas enormes torres con piezas de lego y me llama a gritos "mamá mamá" para que admire su obra. Aún no he conseguido volar pero, créeme, lo intento todos los días.

verano del 96

los molinos en Holanda

Los molinos en Holanda no existen. Son atracciones hinchables exhibidas para que los turistas desprevenidos puedan hacerse fotos en paisajes típicos y dejen cantidades enormes de dinero en los comercios de la localidad.

No siempre son fáciles de ver: en los días con mucho viento los atrezos no pueden ser desplegados y las autoridades pagan a los ancianos del lugar para que entretengan con confusas explicaciones a los turistas que esperan pacientes con sus canons y sus nikons preparadas en modo automático. Mientras, a sus espaldas y con un sigilo de arañas zen, un ejercito de operarios busca ubicaciones más seguras.

Una vez localizado el nuevo sitio y fijadas al suelo las atracciones, los ancianos recuperan de golpe la memoria y se apresuran a indicar el sitio exacto donde se encuentran los famosos molinos.

La horda de turistas fija las nuevas coordenadas en sus gps y se desplaza enloquecida como un único ser para no quedarse sin su foto, su imán para la nevera y la extraña sensación de haber hecho algo único e irrepetible al alcance de muy pocos.

el año en que conocimos la nieve

Éramos como dos gatos observando desde la ventana el desastre que se nos venía encima; juntábamos las cabezas, estirábamos perezosos nuestros cuerpos y dejábamos que los calendarios nos acechasen sin conjurar un motivo para la rebeldía.

Todo cambiaría el año en que conocimos la nieve. Ese año decidimos que era el momento de apostar muy en serio en contra de nuestras siete vidas.

Allí, en las montañas, dijiste la noche que escapamos, el aire es tan frío que cuesta respirar.

Éramos pobres aún sin ser conscientes de nuestra pobreza y la vida, nuestra vida, ya entonces estaba planteada como un largo sprint del que nunca saldríamos vencedores. Teníamos un Renault que habíamos logrado rescatar del desguace y un puñado de guías que había dejado tu padre al morir como una lista de tareas pendientes. Las guías estaban plagadas de señales y símbolos grabados al borde los mapas. Tu padre, comprendiste al verlos, había muerto sin ver la nieve. Una decepción más en una vida que sólo parecía creada para acumular desastre tras desastre.

Las derrotas de los padres siempre acaban en manos de sus hijos que rara vez saben como manejarlas.

El coche bufaba, el coche gruñía y la palanca de cambios saltaba esquizofrénica, pero se negaba a entregarse a una dulce rendición. En su penúltimo estertor seguía buscando la épica de una muerte digna sobre el asfalto.

La nieve sólo es agua, pero si intentas beberla puedes morir deshidratado.

Casi siempre pasábamos las noches dentro del coche. Febriles y medio alucinados consultábamos mapas con las direcciones cambiadas y señales que no apuntaban a sitio alguno. Una noche dormimos en una casa abandonada. A ti te visitaron todos tus fantasmas, yo no deje de escuchar un teléfono sonando en la lejanía.

Si prestas atención cualquier cosa acaba siendo una señal.

El Renault derrapaba en cada curva, las luces del salpicadero lanzaban al éter señales de auxilio codificadas en morse.

Descifre el mensaje: la carretera quería atraparnos, hacernos desaparecer. Condenarnos a la vida de nuestros padres, la vida de los que nunca fueron nadie.

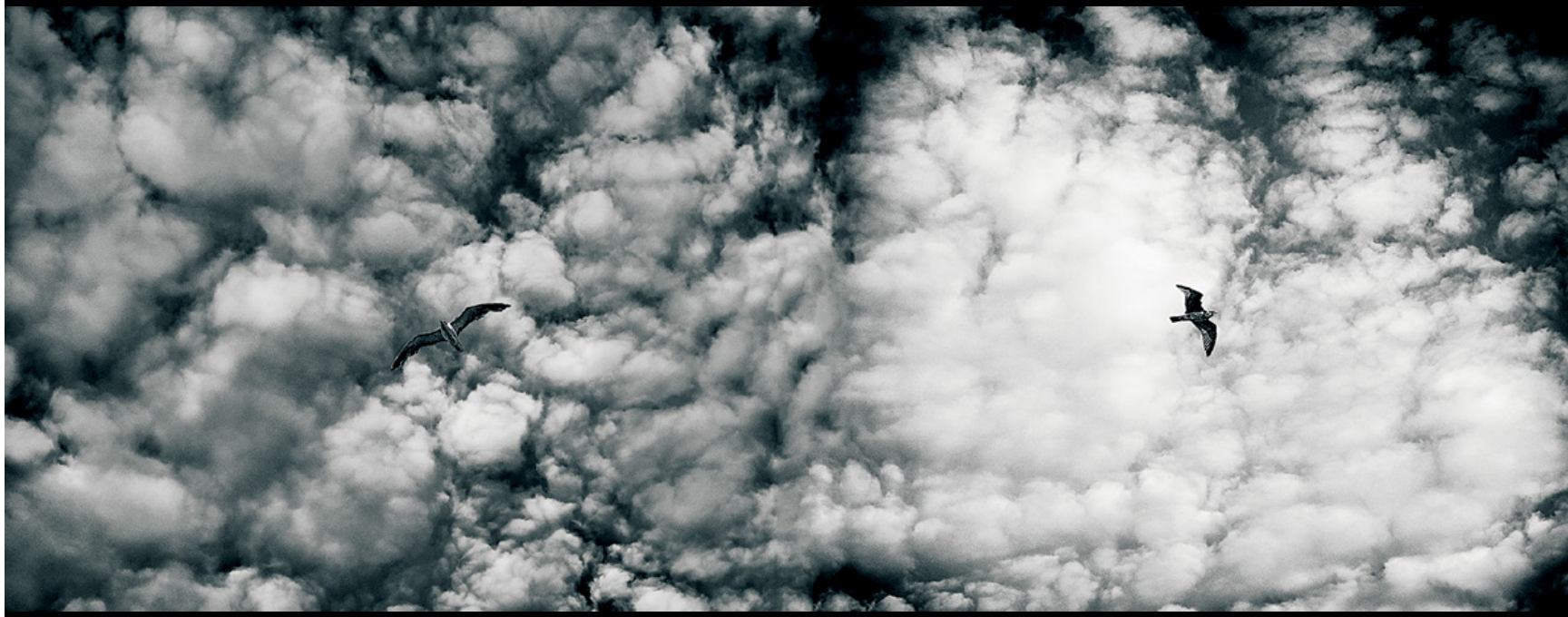
A veces pienso que lo hizo, que nunca llegamos a ver la nieve. Que en alguna de todas esas curvas el viejo coche decidió despeñarse con nosotros dentro y todo eso que hemos llamado vida desde entonces sólo es una mentira de la que, con suerte, algún día despertaremos.

Quizás entonces sepamos hacerlo mejor. Quizás entonces sea cierto y al final de ese largo sprint haya besos y aplausos para los perdedores.

EJECT

Los optimistas sueñan siempre con que tienen todo el tiempo del mundo para llevar a cabo sus sueños, por eso nunca tienen prisa por empezarlos.

Las personas tristes caminan atrapadas en la eterna pregunta de cómo sería mi vida si no fuese mi vida. Creen, no sin grandes dosis de ingenuidad, que lo tuvieron todo para ser lo que nunca fueron y si fracasaron en el empeño siempre fue por circunstancias ajenas a ellos.



Son personas que viven con una eterna nube negra anunciando tormenta sobre sus cabezas. Viven sus vidas, pelean por pequeñas escapatorias y cuando menos se lo esperan quedan atrapadas en medio de una tristeza sin fondo que les atenaza y les impide levantarse por la mañana dispuestas a fingir que todo es normal.

Al final todo se reduce a eso, a lograr fingir que todo es normal.
A dibujar con dos dedos la señal de la victoria justo en el momento en que te lleva el huracán.

una nube negra

la última foto

Recuerda todo esto, suplicaba su cerebro, no olvides nada de lo que veas.

Y él obedeció, tomo nota de todo hasta convertirse en un automáta sin voluntad. Una fotocopia manoseada de un tipo que cargaba sus cámaras con manos temblorosas, contaba cadáveres desgarrados y enviaba crónicas de un terror cada más inabordable al otro lado del mundo.

Muy pocas veces recibía respuestas a sus artículos.El mundo civilizado se había olvidado de aquella guerra y se encontraba a solas con aquel puñado de muertos al que cada noche pasaba lista en sus pesadillas.

Todos esos días y sus recuerdos formaban parte de un mismo horror indistinguible en sus inicios y sus finales. Los muertos le miraban con ojos vacíos y le gritaban no nos olvides, cuenta nuestra nuestra historia. Y el tragaba saliva, levantaba la cámara e intentaba dar algo de sentido a todo aquello.

Cuando los engranajes que lo mantenían en marcha dejaron de girar estuvo tres días vomitando bilis en la habitación de un hotel enterrado entre los escombros de lo que había sido la antigua capital. Cada mañana veía su reflejo en el espejo y un día sólo vio a un perfecto desconocido al otro lado que le miraba aterrado.

Al quinto día llamaron a la puerta de su habitación y supuso que era la muerte que al final había logrado dar con sus pasos. Salió a su encuentro aliviado de acabar con todo, pero en su lugar aparecieron tres jóvenes pertenecientes al ejército de fantasmas que aún defendía la ciudad. Apenas pudo reconocerles con los uniformes rasgados y la suciedad que acumulaban.

Le pusieron un saco en la cabeza y le arrastraron al interior de una furgoneta donde paso tres horas sumergido entre vómitos y diarreas rumbo a algún lugar indeterminado de las afueras.

Tenemos que sacarte de aquí, le dijeron los tres espectros cuando le dejaron ver la luz del sol.

La guerra estaba perdida, todos los sabían, y en breve serían pasto de la historia.

Necesitemos que cuentes al mundo lo que esta pasando, dijeron sus espectros. Y al decirlo agarraron con fuerza los fusiles que portaban intentando componer un resto de valentía. No pudieron engañarle, él supo leer el miedo en sus rostros porque se había convertido en un experto en detectar el terror en los ojos ajenos.

Cruzaremos por las montañas, dijo el viejo traficante con el que contactaron para salir de asedio. Conozco los pasos de los hombres y el sonido de los animales. Pero nadie se fiaba de él. Nos traicionará en cuanto tenga la ocasión, fue su apuesta más arriesgada. Nadie quiso contestar.

Los tres fantasmas le miraban sin rostro cada noche y le acusaban sin palabras. Tú vivirás, le reprochaban, nosotros moriremos. Cuando hayas cruzado la frontera a salvo volveremos a sellar nuestro destino entre las ruinas de aquella ciudad.

Habían puesto sus vidas y la memoria de todo un pueblo entre sus manos. No nos falles, repetían incansables, y él los escuchaba sumido entre la fiebre y el delirio y cada noche era arrastrado por manos sin carne a un abismo del que no había final.

Se despertaban nada más amanecer y caminaban por caminos sin nombre ni mapas. Los tres fantasmas sujetaban sus fusiles y reconstruían los restos de un valor que había quedado sepultado entre las ruinas. Eran jóvenes, apenas unos niños, y la muerte incansable ya mordía sus talones.

No puedes fallarles, aullaba su cerebro entre delirios cargados de fiebre. Alguien debe contar nuestra historia, le repetían en su letanía. Y los fantasmas se sentaban a su lado y le miraban mudos esperando un consuelo que estaba fuera de su alcance.

El último día antes de cruzar la frontera apareció aquella manada de perros. Parecían huir del mismo infierno que ellos pero trotaban a su lado con calma, ocupando toda la carretera como si conociesen el camino. A veces levantaban la cabeza y gruñían al aire. Él sabía que veían a los fantasmas caminando a su lado y que los pobres espectros no tenían ningún poder alguno sobre aquellos chuchos que habían elegido su destino.

Se agachaba a su lado, juntas las cabezas y dejaba que se mezclase el vapor de sus respiraciones intentando contagiar algo de su valor. A veces les daba de comer restos de comida que apenas podía retener en su cuerpo y ellos la aceptaban con orgullo. ¿de qué huís?, les preguntaba, y ellos miraban hacia las ruinas humeantes y los muertos que adornaban el camino. Huimos de vosotros, de ti. Huimos de vuestra raza.

El último día antes de cruzar la frontera los vio dibujarse entre la bruma de primera hora de la mañana y [una idea reconfortante] supo que eran una señal. En sus delirios supo que habían sido enviados para protegerle, que todo saldría bien y que quizás pudiese escapar de aquella vesania y de la muerte que trazaba surcos sobre la tierra.

Haz esa foto, aulló su cerebro. Puso una rodilla en tierra y saco la que sería la última fotografía de aquella locura.

la escena del crimen

Un dos tres cuatro ochenta y siete. Pulsaciones por minuto. Los aeropuertos me ponen tensa. Los pasajeros con destino Berlín embarquen por la puerta 21. Berlín o la promesa de lo que nunca será. Ha soplado una brisa de aire helado cuando la chica ha pronunciado Berlín por megafonía. Diez años. Berlín y dieciséis promesas rotas. Berlín y ochenta y siete pulsaciones por minuto. Pide champán, te dije, y que sea del caro que va a ser la última vez. Diez años. Dos botellas de clicquot y mucha propensión a empapar en alcohol momentos inefables. Diez. He notado como se metía en mis huesos. El frío. Y ese chico. Ese chico de ojos verdes y peinado raro también lo ha notado. Ha percibido mi escalofrío. Estaba leyendo algo y, de pronto, ha levantado la cabeza y me ha disparado una mirada verde en la sien bbboooommmm...Después, como si nada, como quien no es consciente de la gravedad de sus actos, o lo que es peor, como quien lo es pero se la trae al pairo, ha vuelto a la lectura. Y yo, como si volviese a Siberia o, simplemente, como si me retrotrajese a un lunes cualquiera de hace diez años, he vuelto a tiritar. De miedo, de incertidumbre, de emoción, del viento helado que me golpeó en Berlín entonces y que hoy, diez años después, ha vuelto a desbocarme el corazón.

***

Cuento los taxis Gran Vía abajo y encadeno un café tras otro a esa improbable hora del día en que aún nos está permitido creer en milagros. Acumulo minutos como hace un rato acumulaba las horas que quedaban hasta el amanecer y no dejo de preguntarme en que momento se fue todo al carajo.

Diez años desde entonces. Ni tan siquiera pude llegar al aeropuerto. Paré tres taxis que respondieron con insultos a mis dudas y me dejaron tirado en medio de la calle sin saber qué hacer. Quizás llovía, lo cierto es que no lo recuerdo, pero siempre que imagino veo paraguas y gente corriendo sobre un fondo gris. Es como si no hubiese dejado de llover desde aquel día.

Diez años atrapado en la escena del crimen. Condenado a volver sobres mis pasos sin ser capaz de moverme de la casilla de mi cobardía. Berlín o la radiografía de mi derrota. Berlín o la esperanza de dinamitar una vida construida con tanto esfuerzo.

Quizás nadie sea tan valiente, me digo, pero eso apenas roza el consuelo. A veces la vida nos coloca a la distancia del salto que no damos y todo se queda al alcance de la punta de los dedos.

***

Diez años desde entonces y diez años del comienzo de estas páginas. Diez años, toda una vida, o un suspiro.

Si lo desean, por el precio de salvar un puñado de focas de su extinción, pueden comprar el resumen de este año en una preciosa edición en papel. Si prefieren seguir malgastando su dinero en un puñado de estúpidas focas también tenemos una edición en formato eléctrico y, aún mejor, gratuita. Aunque sepan que es inútil, las focas están condenadas hagamos lo que hagamos.

airberlin.c

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.